**15 ESCATOLOGIA Y EL MAS ALLA**

**A/ IMPORTANCIA CRISTIANA**

**El mensaje cristiano recogió en sus verdades determinadas actitudes e intuiciones de los profetas, que no solo advertían a sus coetáneos lo que es el más allá en el contexto de lo que el Ser Supremo, Yaweh, revelaba por su medio a los hombres , sino que anunciaban el porvenir centrado en el Salvador del mundo que día vendría. a la tierra.**

**Es normal que también en los textos evangélicos se haya recogido referencias al final del os tiempos y determinadas intuiciones del final del os tiempo y del a culminación del mundo**

**Si tenemos en cuenta de que para ser humano inteligente el fin del mundo comienza con su propia muerte y de que la conciencia de tener un alma trascendente y esperar una nueva vida, haya inspirado en el paso del os siglos multitud de opini9nes reflejadas en el arte, en la literatura, enm las tradiciones, en los usos funerarios y en los escritos de los teólogos, en cuanto expertos e explicar las cosas de Dios.**

**Por eso no importa en un nuevo intento o forma de evangelizar al mundo saber lo que se dijo de la muerte, de la resurrección final del juicio y de la vida eterna a lo largo de los siglos y lo que se debe decir en los tiempos modernos, en los que los hombres son más cultos, más racionales y empíricos y más propensos a la duda, al tener menos confianza en la jerarquía**



**Escatología y misterio cristiano**

**Los interrogantes o cuestiones que se planean en las páginas que siguen no son dudas que versan sobre cuestiones morales, sociales o religiosas, sino preguntas que se hacen con frecuencias personas de solida cultura religiosa y de sensibilidad católica normal. Y que implican con frecuencia necesidad de respuestas evangélicas a personas con situaciones conflictivas.**

**Se ofrecen como elementos de reflexión para quienes se los planea, sin intención de soluciones dogmáticas o éticas indiscutibles. Por eso se evitan las afirmaciones tajantes audaces, que puede parecer heterodoxas o solo son opciones simplemente pragmáticas**

**Por favor, léase lo que se escribe como interrogantes y no como teorías o como propuestas formales de cambios disciplinares, litúrgicos o ideológicos. Son como pistas morales o pastorales ante los hechos reales de la sociedad cristiana. Y se dice sociedad, por incluir en ella todos aquellos que son de cultura cristiana (sociológicamente creyentes) y se sienten alejados un poco o un mucho de la participación, que es lo que da realmente la impresión de comunidad (sociológicamente practicantes).**

**Léase, pues, como un mosaico de inquietudes éticas y religiosas y no como consignas operativas. Léase como reflexiones de personas adulas y no como discrepancias del ámbito jerárquico, que es una dimensión más de la realidad eclesial. El hecho de que haya en una generación tal cambio de actitudes y de comportamientos religiosos, llama la atención y llena de inquietud a los que se mueven en la esfera pastoral. es decir, lo que son testigo de los que ha supuesto las variaciones en el "cumplimiento religioso" de los creyentes reales o de los que siguen definiéndose en las encuestas como tales, aunque digan que no son practicantes.**

**Son éstos, incluso más que las jerarquías religiosas, los que se siente un tanto incapaces de mantener las tradiciones religiosas. Ver cómo piensan los jóvenes (de 15 a 30 años) sobre el sacramentos de la penitencia, sobre la eucaristía dominical, sobre la inmoralidad del aborto, sobre la continencia sexual, sobre el divorcio, sobre la oración frecuente, sobre los ayunos y abstinencias cuaresmales, sobre tantas cosas en las que se educaron las generaciones de sus abuelos, incluso en gran parte las sus padres, obliga a pensar que algo sustancial está cambiando en la cristiandad.**



**1. QUE ES LA ESCATOLOGIA**

**Es la ciencia del más allá (skatos, lo último, en griego; logos, tratado). Como ciencia teológica, o parte de la Teología cristiana, se dedica a explorar, inter­pre­tar y exponer los misterios que se refieren a los últimos tiempos o a las últimas realidades del hombre. Su objeto son las postreras situaciones de los creyentes, o "postrime­rías" (últimos días), tanto desde las expectativas individuales, como en el contexto del Pueblo que camina hacia un destino de­signado por el Creador.**

**En Teología católica se entiende la Escatología como estudio a la luz de la fe, es decir de la Palabra divina, de las enseñanzas del Magisterio, de la Tradición de la Iglesia y de la reflexión de la inteligencia del creyente, que tiene por objeto lo que Dios tiene reservado a los hombres en el más allá.**

**1º. Centro ideológico y ético de referencia**

**En una buena y objetiva visión escatológica, la esperanza en la venida del Hijo de Dios a "juzgar con poder y majestad" a los hombres tiene que ser el centro básico de referencia. Es doctrina que se recoge en el Símbolo apostólico y en los demás credos de la antigüedad. Y supone que el hombre es caminante en este mundo, donde se halla de paso, y que su destino se orienta al más allá.**

**Individualmente el hombre busca el significado de ese más allá. En cuanto miembro del Pueblo de Dios que camina por la vida, trata de ser coherente con las enseñanzas colectivas y perfilar su explicación "eclesial" de esas realidades.**

|  |
| --- |
| **Evidentemente, el elemento de referencia para el cristiano no puede ser otro que Jesús triunfante. El mismo anunció su última venida dentro del plan grandio­so de la salvación y el hombre sólo puede explicar las realidades del más allá por la fe que preste en el más acá a las enseñanzas del Señor** |

**De alguna forma el cristiano se siente llamado a participar en el gran triunfo de Jesús y teme sentirse alejado de él si su comportamiento en este mundo no está conforme con los planes divinos.  El triunfo de Jesús, Dios y hombre, se halla en el centro del pensamiento escatológico cristiano. En nada se parece a las mitologías cósmicas de las religiones antiguas (egipcias, babilónicas y persas) y tampoco a las modernas, aunque se denominen cristianas, como acontece con los movimientos adventistas, milenaristas o con los "Santos de los últimos días".**

**La Escatología católica, por ser bíblica y evangélica, es una con­templación cristocéntrica del futuro Reino de Dios, en donde la caridad y la esperanza adquieren la dimensión principal en la men­te y en el corazón de los creyentes.**

**Sólo estudiando lo que Jesús y la Escritura dijeron y dicen se puede tener una idea real sobre los acontecimientos que so­brevendrán en los últimos tiempos, si bien no se desvela el misterio de lo que "*tiene Dios reser­vado para aquellos que le aman... por que ni ojo vio ni oído oyó nada de ello.*" (1 Cor. 2.9).**

**Lo que sí podemos reconocer y declarar es que los últimos días para cada persona son los últimos instantes de su vida mortal, ya que una vez trascendida la existencia terrena se ha terminado para cada ser humanos las categorías del espacio y del tiempo. Sólo de forma analógica podemos hablar en este mundo de nuestras reali­dades aplicadas al otro, aunque precisemos algún tipo de lengua para expresar creencias y expectativas.**

**Ni la fantasía literaria ni las invencio­nes de los pintores o escultores ni la creatividad derrochada en las demás artes expresivas de los hombres, resultan suficientes para una aproximación al misterio inexplicable del más allá.**

**Por eso los temas escatológicos re­quieren actitudes de fe cristiana y no alardes de imaginación visionaria. Se inspiran en la fe de un Dios Supre­mo, que ha enviado al Hijo al mundo. El Dios encar­nado, Jesucristo, ha sido constituido Señor de vivos y muertos y a todos deberá recibir como Juez universal, justo y misericor­dioso, al final de los tiempos: de los tiempos de cada uno, cuando la vida se acabe, y de los tiem­pos de la comunidad total de los creyentes, cuando se termine la Historia.**

**Los hombres pasamos nuestra vida en la confianza de la ayuda e intercesión de Jesús resucitado y glorificado. Miramos nuestra muerte y nuestro más allá con los ojos puestos en la obra salvadora de Jesús. Esperamos la segunda venida del Señor con la serena alegría de que ven­drá para salvar y no para condenar, como en su primera venida desempeñó su misericordiosa misión de salvación universal. Los antiguos llamaban a la venida de Jesús "parusia" (paraousia, presencia). Hoy nos gusta denominarla triunfo final del amor y de la verdad del mismo Jesús.**

****

**Resurrección final**

**2º. Temas escatológicos**

**La venida de Jesús como Señor de la vida, de la historia y del mundo, es el tema central de la Escatología cristiana. Jesús no puede ceder el lugar a ninguna otra consideración, al menos desde la perspectiva de la fe cristiana. La Escatología no estudia realidades antropocéntricas, sino cristocéntricas. Hay cuatro centros de atención que la tradición consagró con el nombre de verdades eternas: muerte, juicio, infierno y gloria. Son las "potrimerìas". ¿Qué dice el Evangelio de ellas y cómo se deben entender los textos evangélicos en una exégesis correcta? Ese es el tema que condiciona, o debe condicionar, una buena evangelización**

**A veces se pretenden mezclar con ellas cuestiones científicas, como el final físico o cosmológico del universo, o filosóficas, como la posibilidad e identi­dad de la vida posterior a la muerte. Nada de lo que no esté centrado en la venida del Señor tiene cabida estrictamente en la escatología cristiana, aunque sirva para elaborar formulaciones o hallar modos expresivos asequibles**

**El hecho de que los cristianos creamos y confesemos que "*Jesús vendrá al final de los tiempos a juzgar a los vivos y a los muertos y que su Reino no tendrá fin*", abre la puerta a otras consideraciones escatológicas**

**Los temas escatológicos, pues, se centran en los elementos centrales y trata de clarificar el mensaje revelado, o la conclusión natural, que se desprende de la conveniencia de sus existencia.:**

**- Con la parusía, o venida del Señor, se vinculan multitud de interrogantes: tiempos, modo, lugar, señales y protagonistas, que no hayan más respuesta que lo que el mensaje cristiano ha podido comunicar.**

**- La muerte de cada hombre, cuando la hora señalada por Dios llega, abre la lista. Los hombres sienten permanente miedo al morir y por eso en todas las culturas y razas se han multiplicado sus teorías sobre el destino ultraterreno. El pensamiento cristiano, a la luz de la Revelación y del Evangelio, ha tenido mucho esmero en responder a los interrogantes trascendentes.**

**Del mismo modo se valora la enfermedad, el dolor, el peligro y el misterio del sufrimiento. Es el tránsito lento hacia el más allá y en esa perspectiva tiene senti­do y explicación.**

**- El juicio particular para cada uno inquieta. Convencidos de la existencia de la otra vida, en donde la justicia divina debe estar presente sin limitación de tiempo, los hombres se sienten inmortales y llenos de esperanza.**

**- La resurrección de cada hombre al final de los tiempos es una persuasión. La llamada del más allá queda latiendo en el cuerpo que se desintegra en el sepulcro y algo misterioso habla de resurrección de ese cuerpo, que se unirá al alma real que poseemos y volveremos a la reconstrucción de nues­tra identi­dad.**

**- El cielo como premio y el infierno como castigo eterno o el purgatorio como castigo temporal antropológicamente se colocan en el mismo nivel de reflexión. Pero su identidad es esencialmente diferente, como el odio lo es del amor. Son estados, situaciones, hechos, realidades, más que lugares**

**El cielo es un estado o una situación de encuentro estable con Dios, de la que se beneficia el que se ha salvado por la misericordia divina. La recompensa más grandiosa de ese estado será la amistad con Dios y la mis­teriosa visión beatífica, por la cual nos adentraremos directamente en la esencia divina.**

**El infierno será lo contrario: la soledad eterna de quien no quiso adherirse en vida a Dios. Será también un estado más que un lugar, en el cual el hombre pecador y no arrepentido antes de su muerte, se sentirá alejado de Dios y deprimido por la pérdida del más maravilloso de los bienes. El tormento más significativo de ese estado de condenación será la conciencia clara de la propia culpabilidad, así como la eternidad de semejante situación, al haberse termi­nado el tiempo de los actos libres.**

**Los cristianos creen con temor y reverencia en el misterio del cielo y del infier­no y evitan refugiarse en metáforas sensoriales y antropomórficas para entender la realidad.**

**- El Purgatorio es el recurso, estado o situación transitoria de limpieza espiritual. La salvación eterna implica perfecta limpieza de penas y culpas contraídas.**

**Como la experiencia nos indica que muchos hombres mueren sin tiempo de haberse arrepentido de sus múltiples imperfecciones, los cristia­nos tienen conciencia de ese estado o lugar en el que se produce la conveniente purifica­ción y en donde todavía se puede ayu­dar a los que en él se hallan.**

**- El fin del mundo, que como criatura es necesariamente perecedero, suscita la pregunta de su momento o de su realidad. La limitación energética y cro­nológi­ca de la misma materia nos dice que no puede ser otra manera. Pero queda latiendo en la mente reflexiva la posible existencia de algo posterior, que ya no será la realidad física, pero que será diferente de la nada absoluta.**

**- El juicio final, universal y total, se halla vinculado con el final del mundo, de modo que después todo quedará en la serenidad activa de la visión divina o con el castigo irremediable y eterno de los malvados.**

**- Otro temas resultan ambiguos y difíciles de explicar, pero no imposibles de aceptar. Tales son la posible existen­cia de un "Limbo de justos" o estado, situa­ción o lugar en que permanecieron las almas de los justos antes de la acción redentora del Señor; o el "Limbo de los niños", para aquellos que se hallan con sólo el pecado original al morir. Son cuestiones alejadas de los intereses catequísticos, por cuanto se basan en opiniones de teólo­gos especulativos más que en las urgencias del Evangelio.**



**3º. Pastoral de esperanza no de miedo**

**Las postrimerías siempre suscitaron en los cristianos temor, dolor, sorpresa, curiosidad o desconfianza. Su misteriosa identidad o su indiscutible realidad hicieron a los hombres sospechar, buscar y desear respuestas claras.**

**Los ritos funerarios de todos los pue­blos se hallan llenos de signos de dolor y de tristeza y los sufragios fueron signo de sus creencias en el más allá. En la evangelización hay que dar respuestas a los interrogantes, pero es más conveniente adelantarse a sembrar mensajes de esperanza y de confianza en Jesús triunfador del pecado y de la muerte.**

**Se debe enseñar al cristiano a valorar el más allá con perspectivas de fe y en función de la misericordia de Cristo resucitado.**

|  |
| --- |
| **Tenemos conciencia de que la vida del hombre es limitada sobre la tierra y que el destino del mundo es pasajero. Herederos ricos de una historia de fe, aceptamos los designios de Dios sobre toda nuestra vida. Sabemos que existe un más allá y nos preparamos en este mundo para afrontarlo un día en amistad divina. Mientras Dios nos concede vida y salud, hacemos obras de misericordia y compadecemos a quienes carecen de luz interior suficiente para dar sentido a su com­portamiento terreno** |

**Algunos criterios deben estar siempre presentes en los catequistas al hablar de estos misterios del más allá.**

**1. La figura de Cristo resucitado y la certeza de nuestra propia resurrección personal debe presidir creencias y consideraciones, sin dejarse impresionar por otros mensajes exóticos o esotéricos con los que se pueden encontrar los cristianos.**

**2. hay que dar carácter de presente a la consideración del futuro. Lo interesante e inteligente es obrar bien ahora y no poner todo el interés en curiosear el mañana. Debemos tratar de orde­nar nuestras vidas con la práctica del bien y con nuestros compromisos de fe.**

**3. La muerte del hombre es la primera realidad escatológica, a nivel personal y a nivel de todo el género humano. Ella abre la atención al juicio universal y juicio particular, supuesta la parusía o venida del Señor. Hay que prepararse para ella, pues será un hecho de experiencia dolorosa en todos los momentos de la vida.**

**4. El temor divino es una cualidad imprescindible en una buena educación cristiana. Pero el temor sano es sereno, personal y eficaz. No se debe confundir con el terror macabro, por lo que es imprescindible el dejar claro el mensaje, sin caer en lenguajes incorrectos.**

**5. A medida que los catequizando cre­cen, sus terminologías debe crecer en precisión, en claridad y en objetivi­dad. La correcta postura del creyente se halla a igual distancia de la desconfianza ante los mitos macabros y la ignorancia o incredulidad antes las realidades escatológicas.**

**6. Los lenguajes sociales del arte, de la literatura o de las tradiciones populares deben ser conocidos y sabiamente inter­pretados. Pero en ellos interesan más los mensajes de fe y de esperanza en el más allá, que los rigores que en otros tiempos se usaban en su expresión e interpreta­ción.**

**7. El respeto cristiano debe ser el adorno de todo lo que se refiere a la Escatología. Cualquier crítica mordaz o postura despectiva está fuera de lugar, sobre todo a ciertas edades o para cier­tos temperamentos, en quienes la sensibilidad y la lógica débil incrementan la sensibilidad ante los temo­res reli­gio­sos o los miedos prospectivos.**

**El respeto debe estar siempre hilvanado de objetividad y corrección, de confianza en Jesús misericordioso y en la responsabilidad del hombre libre, siempre invi­tado por Dios a llevar vida honesta y conforme con sus ofertas evangéli­cas**

****

**A veces asusta el pensar en ello, ya que los cimientos de la cultura cristiana se convulsionan y parece que la sociedad de Occidente, construida sobre cimientos cristianos, parece resquebrajarse y retroceder a los tiempos más hedonistas del imperio romano (para los hombres libres, que lo esclavos eran las dos terceras partes de Roma, en los tiempos del Imperio) o a los más brutos y belicosos de los pueblos bárbaros que invadieron Europa y necesitaron de cinco siglos para cristianizarse.**

**Pero las convulsiones éticas no suceden sólo en los ámbitos cristianos de occidente, sino que mundos convulsivos aparecen en el ámbito más islámico que árabe y está naciendo en el Oriente asiático y en el terreno impredecible de la negritud africana.**

**A nosotros, occidentales de raíces cristianas, nos interesa nuestro entorno pluralista de Occidente y necesitamos una revisión de nuestros modos de actuar históricos que, por cierto, no estuvieron libres de aberraciones, a pesar de su cristianismo. Recordamos las divisiones cristianas que hoy siguen latentes, aunque los católicos romanos sean las dos terceras partes de los cristianos (ortodoxos, evangélicos, anglicanos y grupos menores), pero siendo los no practicantes muchos más que los fieles a sus deberes religiosos mínimos.**

**Recordamos los exterminios originados por muchas etnias conquistadas en Africa y en América. Pero también los muchas guerras entre países cristianos que se han tenido a lo largo de los siglos y que terminaron con más vidas humanas que las pestes y las hambrunas periódicas que frenaron el progreso y destruyeron los pueblos.**

**Es en este mundo tenemos que pensar en los cambios que se nos vienen, más por via de hechos consumados que de criterios evolucionados o adaptados a la realidad del hombre tecnológico que se va enseñoreando del siglo XXI.**

**Alejense de todo lo dicho los que se mueven en actitud integrista en los terrenos morales y los que tienen la tentación de un pragmatismo liberal insustancial e irreflexivo**

**Adviértase que se formulan muchas de ellas en forma interrogativo y sin pretensiones afirmativas ni negativas. Son cuestiones para pensar y para dudar. No para actuar... por los caminos, a veces senderos, que resultan más cómodos, que muchas veces puede llegar a erróneos sin valor de norma o desviados sin inquietud de error.**



**2. LA MUERTE**

**Es el hecho final de la vida. Es la separación formal "del cuerpo y del alma", aunque se suele definir como la "separación o salida del alma del cuerpo", como si el alma estuviera "metida" en el cuerpo en forma de vasija y ella fuera esencia a la manera de aroma o ser invisible. Si entendemos el hombre como una realidad doble, hay que definir la muerte más bien como ruptura o separación.**

**A partir de su acontecimiento, el ser humano sigue existiendo en su dimen­sión espiritual, la cual permanece. Pero se corrompe, destruye y de­saparece en su dimensión corporal, pues el cuerpo se aniquila antes o después y queda reducido a los elementos minerales que lo configuraron en la tierra.**

**La naturaleza nos dice que el hombre es temporal: nace, vive y al final muere. La fe religiosa, la católica y la de muchas religiones, añade además que la muerte es el fruto de un castigo divino por un pecado original de los hombres, pecado misterio­so y colectivo que denominamos original. Y son también muchas las religiones que enseñan que la muerte es provisional, pues un día el cuerpo será restaurado y se volverá a unir con el alma para iniciar una vida diferente: inmutable, indestructible, misteriosa, pero real.**

**El Concilio Vaticano II explicaba a los creyentes el sentido cristiano de la muerte, con una excelente síntesis doctrinal, interesante para el catequista: "El máximo enigma de la vida humana es la muerte. El hombre sufre con el dolor y la disolución progresiva del cuerpo. Pero su máximo tormento es el temor a la desaparición perpetua... La semilla de eternidad que en sí lleva, por ser irreductible a la sola materia, se levanta contra la muerte. La Iglesia, aleccionada por la revelación divina, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz, más allá de la muerte...**

**La fe cristiana enseña que la muerte corporal, que entró en el mundo a consecuencia del pecado, será vencida cuando el omnipotente y misericordioso Salvador restituya al hombre en la salvación perdida por el pecado." (Gaud. et Spes. 18)**

**1º. Misterio de la muerte**

**El hombre teme la muerte, pero sabe que necesariamente habrá de llegar. Como todos los seres vivos, es consciente de su mortalidad; pero siente hambre de inmortalidad, si es sano psicológica y espiritualmente y sabe que algo hay después de esta vida.**

**Por eso se pregunta con cierta aprehensión por lo que es el morir y las razones últimas de que tenga que pasar por ese trance tan desconcertante.**

**Sentidos de la muerte**

**En un sentido físico, la muerte es la culminación del ciclo vital que se halla grabado naturalmente en todo ser vivo. En un sentido psicológico y moral, la muerte es la parálisis de toda su actividad interior y de su posibilidad de comunicación. A veces se habla de muerte social, politica o espiritual: pero son metáforas que aluden lo que es la muerte real: parálisis, posterior destrucción. terminación...**

**A pesar de sus aspiraciones de inmortalidad y de su deseo imperioso de sobrevivir, el hombre sabe que ha sido creado temporal y que tiene que terminar sus días terrenos. La muertese halla indiscutiblemente grabada en su naturaleza limitada de criatura dependiente del Señor.**

**Sin embargo, con sentido espiritual e incluso racional, el cristiano sabe que su final terreno no es la destrucción de su ser, sino que una vida eterna se abre al terminar sus días de peregrino en la tierra.  La razón le indica que sus apetencias de inmortalidad no pueden ser, sin más, una espejismo cruel de su naturaleza inteligente. Por eso espera que algo misterioso le convertirá su vida presente en otra vida posterior. Ese algo es la Providencia.**

**Opiniones y creencias**

**Todas las mitologías y creencias de los pueblos han conducido a sospechas, a teorías e, incluso, a los cultos religiosos,  en favor de la inmortalidad y a la esperanza en la felicidad más allá de las penas y sufrimientos de esta vida terrena.**

**Pero es la fe religiosa, sobre todo cristiana, la que hace posible en entender la muerte como un tránsito hacia un estado, lugar o situación en donde Dios se pre­sen­ta como acogedor del hombre.**

|  |
| --- |
| **En este sentido se han explicado todas las religiones, sobre todo las monoteístas, que han visto siempre en la muerte el encuentro con Dios en un Paraíso creado para recibir a los mortales.  Judaísmo, mahometismo, mazdeísmo, incluso budismo y, por supuesto, el cristianismo, dan una solución trascendente al problema y al misterio de la muerte. Coinciden en comprender que todos los hombres son iguales y que todas las diferencias se destruyen una vez que se transciende los umbrales de la vida terrena** |

**2º. La muerte en la Escritura**

**La claridad sobre el sentido cristiano de la muerte llega de mano de los escritores bíblicos que dejaron un mensaje de esperanza para explicar el misterio de la muerte humana.  
   Es doctrina fundamental de la Sagrada Escritura que de las buenas obras de este mundo depende la situación que se consiga en el otro.**

**a) En el Antiguo Testamento**

**En la Escritura hallamos la explícita afirmación de que el hombre fue creado inmortal, pero no superó la prueba que Dios le puso y recibió como castigo "el tener que morir".  
   El texto bíblico es una metáfora, pero clara y expresiva: "*El día que de él comieres morirás."* (Gen. 2. 17). Y luego Dios diría: "*Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella has sido tomado; polvo eres y al polvo volverás*." (Gn. 3. 19)**

**El Concilio de Trento enseñó que Adán, por haber violado el mandato de Dios, simbolizado en la prohibición de no comer de un árbol singular, el de la ciencia del bien y del mal, atrajo sobre sí el castigo. (Denz. 788). Y todos los descendientes de Adán fueron herederos de ese castigo del morir.**

**La muerte posee, pues, en el pensamiento cristiano, un sentido punitivo. Pero, al ser reparado el pecado por la misma muerte de Cristo, el sentido de la muerte se transforma en un hecho reparador. Admitir esta doctrina es condicionante para entender la misión redentora del mismo Cristo. La razón dice que el hombre tiene que morir, pues es mortal por naturaleza. Pero la enseñanza religiosa nos ofrece el dato revelado de que Dios lo había dispuesto para no morir si cumplía con su precepto original. Para ello lo había puesto en un estado (en un Paraíso) en el cual superaría la mortalidad. Fe expulsado de esa situación por su desobediencia. Desde entonces todos los hom­bres mueren.**

**b) En el Nuevo Testamento**

**Las repetidas veces que Jesús alude a la otra vida se desenvuelven en este sentido. Insiste en la necesidad de prepararse para la vida futura, la cual dependerá de los hechos de la presente. Tiene presente la realidad de la muerte y participa en cuatro resurrecciones y luego en la propia, que siempre alude a ella ante sus seguidores.**

**De las 500 veces que en el Nuevo Testamento se emplea la palabra muerte, morir, final de la vida (zanatos, teleutao, necros...) en forma receptiva o de llegada (no en forma activa, en sentido de matar), un centenar de ellas aluden a la terminación del tiempo en el que se pueden hacer méritos. Terminado el tiempo, cada uno va a recoger el fruto de sus obras: "*Murió el mendigo y murió el rico y fueron llevados, al paraíso el uno y sepultado en el infierno el otro...*" (Lc. 16. 22).**

**En esta parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro se refleja cómo están ambos separados por un abismo insuperable y cómo se ha terminado el tiempo de poder salir del tormento de las llamas.**

**En otra parábola, la del juicio final, todo el premio y el castigo se presentan como dependientes de las obras de misericordia hechas en este mundo (Mt. 25. 31-46)**

**Con frecuencia hay alusiones a que el tiempo en la tierra es para trabajar... "*Después de la muerte viene la noche, cuando ya nadie puede caminar.*" (Jn.9.4)**

**Las afirmaciones de S. Pablo son más con­tundentes: "*Cada uno recibirá según lo que hubiere hecho por el cuerpo [= en la tierra ], ya sea bueno o malo*." (2 Cor. 5. 10). La muerte es el final. Por eso es importante aprovechar antes de que llegue, "*mientras tenemos tiempo*."**

**Luego ya no se hace ni bien ni mal*: "El que ha está exento de pecado.*" (Rom. 6.10).**

**Castigo para todos**

**Por otra parte, queda clara y firme la idea de que la muerte es castigo univer­sal. Todos los escri­tores del Nuevo Testamento reflejan el carácter punitivo y expiatorio de la muerte y su relación con Adán: "*Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos habían pecado*." (Rom. 5. 12; Rom. 5. 15; 8. 10; 1 Cor. 1. 5. 21)**

**San Pablo presenta la muerte de una forma cristocéntrica (Rom 5, 12) y recuerda: "*A los hombres les está establecido morir una vez*." (Hebr. 9. 27). El mensaje revelado enseña que, a ejemplo de Cristo que resucitó y venció a la muerte, los hombres mueren, pero están destinados a resucitar. Mientas ese momento escatológico llega, sufren la corrupción del sepulcro para su cuerpo, pero mantienen su alma viva en la situación de salvación o condenación que hayan merecido en vida.**



**Algunos problemas hermenéuticos se originaron en tiempos pasados sobre las "excepciones bíblicas a la ley de la muerte". En efecto, la Sagrada Escritura habla de que Enoc fue arrebatado de este mundo antes de conocer la muerte  (Hebr. 11. 5; Gen. 5. 24; Eccli 44. 16), y de que Elías subió al cielo en un torbellino (4 Reyes 2. 11; 1 Mac. 2. 58). Se originó la idea, desde Tertuliano, de que, según el pasaje del Apocalipsis 11. 3, Elías y Enoc habrían de venir antes del fin del mundo para dar testimonio y luego morir.**

**Pero esa visión debe ser rechazada por mítica y meramente fantasiosa. En la exégesis moderna apenas si hay cabida para Elías ni para Enoc y para una interpretación literal de estas sugerencias tan apetecidas por la fantasía.**

**La insinuación similar de San Pablo, que alude a algunos justos que, al llegar la segunda venida de Cristo, no morirán (dormirán), sino que serán sólo mutados (1 Cor. 15. 5), tampoco se puede entender como inmortalidad excepcional.  San Pablo insiste mucho más en la perspectiva de la resurrección, como clave para entender la muerte: "*Cristo ha vencido a la muerte resucitando por el glorioso poder del Padre. Por eso, nosotros debemos emprender nueva vida; porque, si hemos sido injertados en Cristo y participamos de su muerte, también participaremos de su resurrección"*. (Rom. 6. 4-6)**

**3º. Explicación cristiana**

**No es incompatible la presentación del mensaje revelado sobre la muerte con los mismos datos naturales de la caducidad de la vida humana. El sentido común dice que el hombre, por su constitución material, tiene que morir.**

**Los teólogos hablan del don preternatural de la inmortalidad corporal en el hombre colocado en el "paraíso de delicias, en donde Dios le creó como inmortal". Tratan de hacerlo compatible con la temporalidad de la vida, aunque no lo consiguen del todo. Hablan del castigo del pecado original, el cual no deja de ser un misterio racionalmente inexplicable.**

****

**Explicación tradicional**

**El verdadero significado de la muerte, al margen de sus propiedades de culminación de la vida y destrucción del hombre por la corrupción del cuerpo, está en que significa el punto final de un período de prueba y en el final del merecimiento. Es importante clarificar la dimensión cristiana para cuando llegue el sufrimiento de una despedida de este tipo**

**Orígenes se oponía a esta enseñanza de la Iglesia. Sospechaba que los réprobos se encontrarían con un momento posterior de arrepentimiento y que todos terminarían salvándose con la opción por el bien. Esta "apocatástasis", o renovación final, sería la prueba máxima de la misericordia divina. Los ángeles y los hombres condenados se convertirían al final y poseerán a Dios. Condenada en un Síno­do de Constantinopla en 643, se rechazó como idea incompatible con el Evangelio.**

**La Sagrada Escritura tiene como principio claro y básico que el tiempo de merecer es limitado y no se continúa después de la muerte: Mt. 25. 34 y ss; Lc. 16. 26; Jn. 9. 4; 2 Cor 5. 10; Apoc. 2.10. Estas referencias son el eje básico del mensaje cristiano sobre el morir.**

**S. Cipriano hizo una afirmación definitiva en el cristianismo: *"Cuando se ha partido de aquí, ya no es posible hacer penitencia y no tiene efecto la satisfacción. Aquí se pierde o se gana la vida".* (Ad Demetr. 25)**

**Y hay que mirar la muerte como el final de un don terreno, que es la vida temporal, y como comienzo de otro don superior, que es la vida eterna.   Para el justo, el que ama a Dios y acepta su voluntad, la muerte pierde su carácter de castigo. Es consecuencia del pecado (es una pena); pero también es, desde la muerte de Jesús, una oportunidad de encontrarse con Dios y recibir la recompensa de las buenas obras reali­zadas en este mundo.**

**Universalidad de la muerte**

**La doctrina cristiana enseña que todos los que vienen al mundo con pecado original tienen que morir por efecto del pecado. El mismo S. Pablo los declara con frecuencia: "*A los hombres les está establecido morir una vez*" (Hebr. 9. 27). Podía haber sido de otra manera. Pero la realidad es como es.**

**Incluso los que no tuvieron ese pecado murieron. Jesús no lo tuvo y murió en la cruz, aunque es claro que el sentido de su muerte fue radicalmente diferente del de los demás hombres. Y María Santí­sima no conoció pecado original y, en consecuencia, no tenía que haber muerto como castigo; sin embargo, pasó por el trance de la muerte (dormición de María), a imitación de su divino Hijo.**

**El hecho de que el tiempo de merecer se limite a la vida sobre la tierra implica consecuencias decisivas para la buena educación espiritual del cristiano. Hay que aprovechar con avidez la vida para almacenar tesoros para el cielo.**

**Razón última de la muerte**

**El pensamiento cristiano sobre la  muerte del hombre es claro. No se pre­senta como un efecto de la misma naturaleza limitada. La contempla con otros ojos, que son los de la revelación misma de Dios, creador del hombre. Por eso busca sus explicaciones últimas en la misma Palabra de Dios, en la Escritura Sagrada.**

**La muerte, en el actual orden de salva­ción, es consecuencia punitiva del pecado. El hombre pecó y recibió el castigo de "tener que morir". Indirectamente se presupone que el estado original del hombre no era el "tener que morir", sino otro, que se nos escapa por vía de razonamiento.**

**A lo largo de los siglos la Iglesia se esforzó por presentar la muerte como lo que naturalmente es: la terminación del tiempo concedido por el Creador para merecer en este mundo la salvación y la vida eterna.  Con la llegada de la muerte cesa el tiempo de merecer y desmerecer; y, venida ella, se termina la posibilidad de convertirse al bien o al mal.**

**4º. Pastoral y muerte**

**La idea de la muerte ha sido un eje decisivo en la ascesis y en la moral de los cristianos, como lo ha sido en todas las confesiones religiosas de los pueblos que esperaron otra vida posterior. El más allá, salvo para determinadas actitudes materialistas y hedonistas, fue siempre motivo de reflexión y de ordenación de la conducta.**

**De manera especial el mensaje cristiano llena al hombre de esperanza e ilusión en medio del temor al morir. Anuncia con gozo que, gracias a Cristo que ha resucitado, también hay resurrección para todos. Y los hombres resucitarán, no para la muerte, sino para la vida interminable.**

**Formula una profunda invitación a vivir bien, pues el hombre es libre; y anuncia que la resurrección sólo será gozosa para quienes, en su vida terrena, hayan vivido en conformidad con la voluntad divina.**

**Los que en ella se hayan adherido libre y voluntariamente al mal no podrán gozar de la felicidad del amor divino y sufrirán las consecuencias de su elección.**

**Actitudes cristianas**

**Lo que el mensaje cristiano ha resaltado siempre de modo particular ha sido la esperanza de la resurrección gozosa. An­te el hecho doloroso del morir, contrapone la esperanza consoladora del resucitar. "*Para el cristiano la vida se cambia, no se pierde*". Es la idea clave de la misa exequial y es el eco que se respira en el arte, en la literatura, en los monumentos funerarios y en los ritos de difuntos.**

**Por eso en el lenguaje cristiano no hay cabida para el pesimismo desesperado ante la muerte y se proclama la esperanza tranquila en el más allá. La actitud cristiana ante la muerte es de valentía humilde y de confianza en Dios que acoge el alma del difunto. Se acompaña a los que sufren con consuelo y aliento; pero se les recuerda que el ser querido por el que se llora no ha muerto definitivamente, sino que sólo espera la resurrección de los justos. Por eso se aprovechan en la Iglesia los momentos de la muerte para recordar a los creyentes las ideas básicas de la trascendencia**

****

**Muerte y Plegaria**

**Siempre estuvo unida la muerte con la necesidad de la plegaria, de la penitencia, de la conversión. Y los gestos exequiales y los sufra­gios: ofrendas, ora­ciones, sacri­ficios, limosnas tendieron ordinariamente a reclamar el perdón de los pecados.**

**Los ritos funerarios no fueron sólo gestos sociales. Fueron señales de esperanza, motivos de oración comunitaria y de culto a Dios, Señor de la vida.  En los momentos en que se llora a los difuntos, la actitud cristiana se transfor­ma en llamada valiente a la esperanza, a la resigna­ción, a la fe, incluso a la alegría.**

**Cree­mos que el mundo no es eterno, por lo que tenemos esperanza en que llegará el fin de los tiempos y del universo. Respetamos el misterio de la otra vida y sabemos que Jesús es Señor de la muer­te. El tiempo de nuestro vivir es limitado y acepta­mos con serenidad la incógnita que pende sobre nues­tro cami­nar terreno.**

**En la medida en que los hombres cum­plen en sus vidas el mensaje de conversión y de salvación, se hacen capaces de participar en el triunfo de Jesús. La muerte es la puerta de llegada a ese encuentro con Cristo.**

**Las exequias cristianas**

**Es bueno pastoralmente que las exequias cristianas superen la categoría de ritos ocasionales y se conviertan en recuerdos de eternidad. Hay quien duda de la oportunidad de aprovechar la debilidad emotiva de estos momentos para sembrar mensajes espirituales y para hacer, incluso, proselitismo religioso. Pero no es correcta esa duda, si se tiene claro que la oferta del mensaje salvador es un beneficio indiscutible. Ofrecer consuelos sólidos de la trascendencia en los momentos frágiles de la humanidad doliente no es oportunismo, sino caridad cristiana.**

**Por eso la Iglesia siempre aprovechó, a imitación de Jesús (con la viuda de Naim, Lc.7.11-17; con Jairo, el jefe de sinagoga, Lc. 8. 50; con las hermanas de Lázaro; Jn. 11. 27), para ofrecer consue­lo y esperanza en la vida cuando la muerte se presenta en el cami­no.**

**Por eso se simboliza en la alegría de las flores que se ofrecen a los difun­tos la tranquili­dad del ánimo creyente. Y no se debilita esa confianza en la Providencia de Dios ni siquiera cuando la muerte se hace presente en las desgracias inespe­radas (acci­dentes, guerras, pestes mo­dernas), en las muertes inexplicables (inocentes, débiles, explotados) o en el triunfo de las fuerzas del mal (abuso de los violentos o de los poderosos)**

**5º Prepararse para la muerte con sentido vital**

**Si es importante preparar al cristiano para la vida, más decisivo es prepararle para la muerte.   No es bueno decir que la muerte no tiene nada que ver con los niños y con los jóvenes, por muy extendida que se halle la tendencia a esconder o marginar un tema que es clave del pensamiento cristia­no.**

**Si es un hecho profundamente humano, hay que saberlo presentar en la catequesis.  
   Algunos criterios catequísticos pueden ser estos:**

**- De la muerte hay que hablar con oportunidad, con serenidad, con moderación, con adaptación y con claridad.**

**- La referencia a la muerte debe apoyarse en el mensaje de Jesús, no en perspectivas sociológicas, psicológicas o meramente biológicas. El niño y el joven deben enfrentarse con la idea de la muerte, la propia y de los seres queridos, con los mensajes de Jesús en la mente y en el corazón.**

**- En la medida de lo posible, no hay que hacer bromas con la muerte ni se debe fomentar la hilaridad, que no deja de ser un mecanismo de defensa ante el miedo que produce. Es frecuente jugar verbalmente con la idea del morir ajeno. Pero no es prudente ni constructivo. Se debe enseñar a reflexionar ante tantas veces como lo hacen los espectáculos audiovisuales y la literatura de consumo.**

**Es conveniente resaltar la relación que tiene la vida y la muerte, a nivel personal y a nivel de comunidad. Enseñar a pensar en el más allá es preparar para el momento cuando llegue para cada uno.**

**Los modos de presentar el misterio de la muerte cristiana habrán de acomodarse a la edad y a las circunstancias de los cristianos**

**- Determinados recursos, o lenguajes de uso frecuente en la sociedad, son excelen­tes ayudas para descubrir las dimensiones menos oscuras del morir. Tales son los lenguajes del arte pictórico selecto, al estilo del "Entierro del Conde de Orgaz", del Greco; de la literatura expresiva, como las "Coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre"; de la música, de la escultura, de las fiestas funerarias y tradiciones. El lenguaje artístico y social conduce con más facilidad a dejar ecos éticos y estéticos vinculados al mero fenómeno biológico del morir y a superar la dimensión maca­bra que la muerte conlleva.**

**- Algunas experiencias prematuras sobre la muerte deben ser tratadas con naturalidad, más que con el ocultamiento de las realidades de la vida: fallecimiento de seres queridos, asistencia a entierros, visita a cementerios, comentarios sobre accidentes o desgra­cias. Lo que importa es saber acom­pañar en forma oportuna, afectuosa y comprensi­va al que teme o al que sufre.**

**- También es preciso resaltar la dimen­sión trascendente de las conmemoracio­nes funerarias (días de difuntos, celebraciones funerarias, etc.), si se pretende una educa­ción de la fe en relación a estos hechos y no una mera acción social de solidaridad: una plegaria tiene más sentido cristiano que un minuto de silencio por un fallecido; una misa exequial es lenguaje más cristia­no que una corona funeraria.**

**Determinados uso sociales deben ser objeto de reflexión para el evangelizador que quiere dar a sus oyentes visión cristiana del final de la existencia terrena y tránsito a la vida eterna.**



**3. JUICIO PARTICULAR**

**La tradición cristiana ha enseñado siempre que los hombres reciben "una sentencia" en el momento del morir, pues termina su camino en la vida y comienza entonces su eternidad.  Su misma conciencia, en la presencia del Señor Jesús, será la que les arguya del bien o del mal que han hecho en la tierra. Y el Señor Jesús, juez permanente de todos, sancionará su destino en esa hora suprema en que termina la vida y co­mienza la eternidad.**

**Y por eso se piensa antropomórfica­men­te que, a continuación de la muerte tiene lugar el "juicio particular", es decir el "fallo divino" que decide la suerte eterna del que ha fallecido, el cual en ese instante ve lo que ha sido su vida y se hace consciente de su situación ya extratemporal y extraespacial.**

**1º. Sentido de ese juicio**

**Es evidente que toda forma de hablar que reproduzca diseños y modelos operativos propios de este mundo, carece de sentido real en cuanto el tiempo y el espacio una vez que la vida se acaba. Los lenguajes y las relaciones, los usos y las opciones, propios de esta vida pierden su sentido. Por eso hay que entender el juicio particular como "consciencia del alma de su situación una vez que se ha separado del cuerpo, sin que se pueda decir más**

**Por eso sólo analógicamente podemos hablar de un juicio en el "mismo lugar" del fallecimiento, de una "sentencia" en el mismo "momento" del morir, de una respuesta del difunto al estilo de la que tendría en la tierra. Y podemos dejarnos impresionar por los pintores y los comentaristas que abusan de su fantasía.**

**La idea del juicio particular no ha sido definida nunca como doctrina explícitamente dogmática por la Iglesia católica. Es más bien una consecuencia del dog­ma de que las almas de los difuntos reciben premio o castigo según los méritos o deméritos conseguidos en la tierra.   La enseñanza ordinaria de la Iglesia es la "inmediatez", la "perfección", la irreversibilidad" del premio del cielo, del castigo del infierno o de la catarsis del purgato­rio.**

**Los concilios ecuménicos de Lyon y Florencia declararon que las almas de los justos que se hallan libres de toda pena y culpa son recibidas en seguida en el cielo; y que las almas de aquellos que han muerto en pecado mortal, o simplemente en pecado original,  “no van al cielo”. (Denz. 464 y 693). Tales definiciones se deben entender en el contexto del lenguaje humano, pues ni entran ni salen, no se les aplaude ni se les rechaza. Simplemente recibe su sanción de lo que como seres libres hicieron en la vida.**

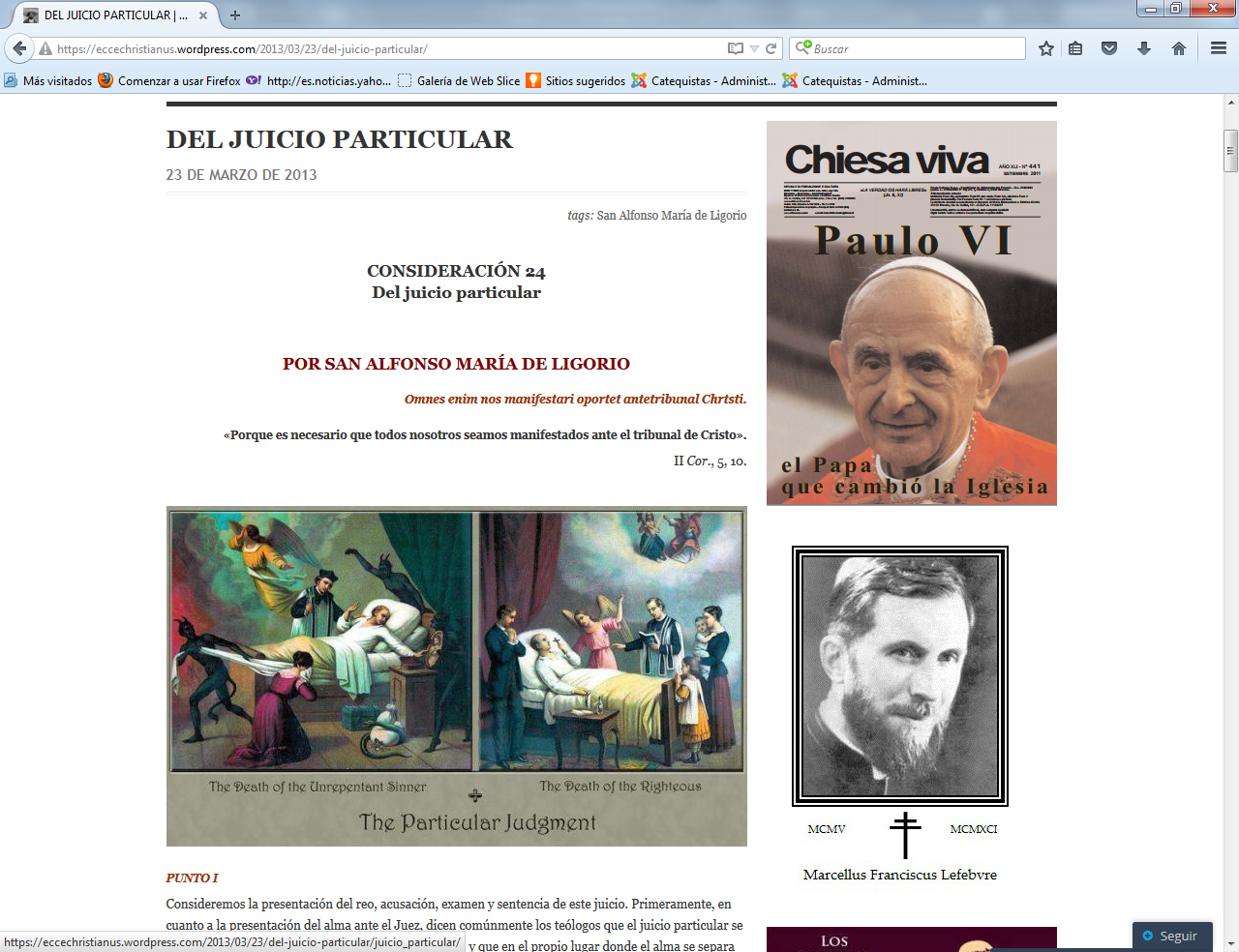
**Por eso los Concilios ni los teólogos entraron a discutir cuestiones de forma, tiempo o modelo de la senten­cia, lo cual corresponde más a la razón y al sentido común que a ninguna comu­nicación divina. En este terreno, como otros similares, los teólogos y los pastores de almas tienen libertad para hablar, no para dibujar escenas que impresionen a los sentidos.**

**Benedicto XII declaró, en la Constitución dogmática “*Benedictus Deus*” del 29 de Enero de 1336, que las almas de los justos entran en el cielo inmediatamente después de la muerte (o después de su purificación, si tienen algo pendiente). Sus enseñanzas insisten en que, antes de la resurrección del cuerpo y del juicio universal, el cristiano recibe su sanción definitiva. Si es salvadora, con el premio de la visión inmediata de Dios . Si es condenatoria, el alma en pecado mortal va al infierno al morir. (Denz. 530.)**

**Algunos autores medievales, como el Papa Juan XXII, pensaron que hasta el juicio universal, es decir al final de los tiempos, no se llegaba a la visión total de Dios, sino que era un tiempo o estado de espera con el gozo de la compañía de la humanidad de Cristo.**

**Y también algunos escritores de los primeros tiempos, como Papías, San Justino, San Ireneo, Tertuliano, hablaron de un reino de mil años antes de los últimos tiempos del Juicio final, apoyándose en textos bíblicos como Apoc. 20. 1 y en algunas alusiones de los profetas alusivas al reino del Me­sías. (Dan. 2.21; 3.54; 5.26 y 7.22)**

**Pero estas opiniones carecen de sentido y de base en la tradición de la Iglesia y en la misma naturaleza extratemporal y extrafísica de los hechos posterio­res a la muerte. La bienaventuranza final comienza al trascender la temporalidad de esta vida, ya que para Dios no hay tiem­po .**

****

**2º. Enseñanza de la Escritura**

**Lo que importa para entender la realidad del Juicio particular es explorar la Escritura sobre esta doctrina. Ciertamente se encuentra lige­ramen­te insinuada en diversos textos, pero de forma más indirecta que explícita, a diferencia de lo que acontece en relación al Juicio Universal y al final de los tiempos.**

**Es precisamente la causa de que hayan proliferado diversas opiniones antropo­mórficas a lo largo de la Historia.  Con todo, hay datos para asociar la idea de ese juicio con la su­premacía divina sobre las criaturas, explicitada de alguna forma de manera inmediata a la muerte.**

**En el Antiguo Testamento se insinúa la idea del a justicia divina pronta y eficaz. "*El justo, aunque muera prematuramente, recibirá entonces con gozo el reposo.*" (Sab. 4.7); y "*Los justos alcanzan pronto la corona de la gloria*." (Sab. 5.16). Se insiste en el premio en el momento del morir: "*El que teme al Señor tendrá un buen final y el día de su muerte será bendeci­do."* (Eccli 1. 13).**

**En el Nuevo Testamento se alude a diversos hechos o referencias a la deci­sión inmediata a la muerte. En la parábola de Lázaro y del rico Epulón, ambos son juzgados y enviados al premio o al castigo al morir. (Lc. 16. 22)**

**Jesús dice al ladrón arrepentido que a la vera de la cruz agoniza: "*Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso*." (Lc. 23. 43). De Judas dice S. Pedro en su primer discurso que se fue "*al lugar que le correspondía*". (Hech. 1. 25).**

**San Pablo espera que, al morir, se llega a la bienaventuranza en unión con Cristo: "*Deseo morir para estar con Cristo*" (Fil. 1. 23); y habla de cómo, “en el Señor es donde está su verdadera morada”. (2 Cor. 5, 8). En otras ocasiones alude al hecho de que, al morir, cesa el estado de fe y comienza el de la contemplación. (2 Cor. 5. 7; 1 Cor. 13. 12).**

**3º. Enseñanza eclesial**

**La enseñanza de la Iglesia, apoyada en esas insinuaciones bíblicas, se fue precisando con el paso del tiempo. Al principio no fueron muy claras las ideas de los escritores y de los Padres sobre la suerte de los difuntos al morir.**

**No obstante, siempre fue explícita la enseñanza de que cada uno habría de recibir el premio o el castigo, según las acciones buenas o malas hechas en la vida. Algunos de los más antiguos escritores, como S. Justino, San Ireneo y Hilario o S. Ambrosio, hablaron de un cierto estado de espera entre la muerte y la resurrección, una forma de adorme­cimiento o parálisis indeterminada. Se debió más que a la negación de la inmediatez de la recompensa o del castigo, al mayor resalte del Juicio Universal, en donde Cristo había de mostrarse en todo su esplendor y triunfo.**

**Tertuliano afirmó que los mártires no deberían de esperar esa exaltación final, sino que sus méritos de sangre les hacían acreedores a la entrada inmediata en el Reino de los cielos o "paraíso." (De anima 55; De carnis resurr. 43). San Cipriano enseñó que todos los justos entran en el Reino de los cielos y se sitúan junto a Cristo para gozar con El. (De mortalitate 26)**

**San Agustín expresó dudas sobre si las almas de los justos, antes de la resu­rrección, disfrutarían, lo mismo que los ángeles, de la plena bienaventuranza que consiste en la contemplación de Dios o habrían de esperar algo, afirman­do el carácter misterioso de esta cuestión. (Retr. 1 14. 2).**

**Prácticamente fue la teología escolástica la que "razonó" sobre la existencia del juicio y consolidó las opiniones. Sin embargo, esta "cuestión menor" en Teología no mereció demasiadas enseñanzas oficiales en la Iglesia y la diversidad de opiniones, tanto en Oriente como en Occidente, se mantienen hasta nuestros días.**

**Todavía hoy muchos teólogos de la Iglesia ortodoxa oriental siguen estanca­dos en la ambigüedad de la doctrina, por lo que respecta a la suerte de los difun­tos, y defienden la existencia de cierto estado intermedio entre la muerte y la resurrección, estado desigual para justos y pecadores, pero que no es el definitivo y eterno.**

**Sin embargo también hubo Padres antiguos, y escritores posteriores, más explícitos en la defensa de un tipo de juicio inmediato y de una recompensa o castigo definitivo al terminar la vida terrena. Así se expresaron San Juan Crisóstomo (In Mat. Hom. 14. 4), San Jerónimo (In Joel 2. 11), el mismo San Agustín en otros escritos. (De anima et eius origine II 4. 8)**

**Desde la edad moderna, este punto quedó zanjado en favor del juicio particular, como preámbulo y precedente del Universal. Y se desarrolló la idea filosófica de la intemporalidad de la vida eterna, por lo que la cuestión se escapaba propiamente del campo teológico.**

**El Catecismo Romano (18. 3) enseñó expresamente la verdad del juicio particular. Y la mayor parte de los catecismos posteriores lo mantuvieron.**

**4. Pastoral sobre el Juicio particular**

**Aunque sea "cuestión" menor en Teología, es un tema que se presta a serias reflexiones para chicos y grandes en referencia a la responsabilidad moral ante las propias acciones.   Conviene enseñar con claridad que Dios, Providente y presente siempre, conoce todas las obras buenas y malas que se hacen. Es la propia conciencia la que, ante Dios, se dará cuenta de lo obrado y se sentirá acogida o rechazada por Dios, debido a sus obras.**

**En este tema conviene superar la fantasía, la afectividad y los mitos fáciles que pueden provenir de leyendas, su­persticiones y creencias espúreas. Es la razón serena la que debe marcar la pauta en lo que se refiere a la acción serena de Dios en referencia al premio y al castigo por los hechos.**

**Tres consignas catequísticas podrían servir de pauta.**

**- Superar las categorías espaciotemporales, cuando el muchacho llega a cierta madurez y advertir lo que significa la ausencia de lugar y tiempos fuera de la vida y de la tierra.  
    El niño pequeño no puede acceder a esta visión metafísica, pero a partir de los 12 ó 13 años se puede llegar a una visión más sutil de las realidades extraterrenas. El tema del juicio particular hay que identificarlo con las otras realidades escatológicas: el juicio universal, el cielo, el infierno.**

**- Es importante resaltar la dimensión cristocéntrica de esta enseñanza. Pero en esa visión referida a Jesús, Juez universal, hay que enmarcar la dimensión antropológica. Es la propia conciencia la que registrar, evoca y juzga las propias acciones e intenciones.**

**- Es conveniente usar esa conciencia como llamada a la responsabilidad, incluso en el secreto de la intimidad. Sirve de apoyo la certeza de que el juicio no será una lista de acusaciones y de sanciones realizada por el juzgador, sino una toma de claridad de lo que había permanecido muchas veces en la oscuridad y en el olvido.**

**- Es interesante no separar las realidades escatológicas unas de otras. El juicio particular no se entiende fuera de las otras verdades. Por eso hay que acudir con frecuencia a las referencias evangélicas y sacar las consecuencias para la propia vid**



**4. JUICIO GENERAL**

**Al final de los tiempos habrá un Juicio para todos los hombres, buenos y malos y Dios dará, como Juez Supremo la sanción definitiva a todas su criaturas.**

**Pero ¿qué es ese juicio y qué significa esa sentencia? No hay que entender este misterioso Juicio final con fórmulas, figuras, expresiones o representa­ciones demasiado antropomórficas: tribunal, acusación, defensa, declaración de culpas o méri­tos, testigos, sentencias, penas o san­ciones, aceptación de las mismas.**

**Con este lenguaje pormenorizado actuaron muchos escritores y predicadores en los tiempos medievales y ante auditorios impresionables por la realidad sociológica en que se movieron.**

**Pero entender a Jesús como "un juez sentado en un tribunal", que inicia y de­sarrolla una "sesión judicial" espectacular ante todos los hombres reunidos en el "valle de Josafat" (Joel 3.2), el descubrir y publicar ante todos los pecados más ocultos de los reos o el juzgar con pruebas favorables o contrarias, es entrar en el juego de lo espaciotemporal de la fantasía. Ello significa caer en los modelos antropomórficos de las religiones más primitivas, dominadas por lo fantástico y lo simbólico.**

**Aunque no se pueda representar figurativamente, no cabe duda de que la acción judicial será clara, perfecta y contundente. Se podrá interpretar de diversa forma, pero la Escritura y la Tradición son unánimes al respecto.**

**1º. Sentido cristocéntrico**

**El pensamiento cristiano es claro sobre la misión judicial de Cristo en cuanto Dios-hombre, es decir en cuanto Dios encarnado en el hombre, por su supre­macía infinita, y en cuanto hombre en el que se halla el Verbo divino, Segunda persona de la Santísima Trinidad, por su dignidad humana divinizada.**

**La idea del Juicio Universal alude al encumbramiento de Jesu­cristo, Dios y hombre, "*que, siendo de condición divina, no tuvo por rapiña el ser igual a Dios, sino que se despojó de su grandeza y tomo la condición de esclavo... Por ello Dios lo exaltó y le dio el nombre que está por encima de todo nombre, para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno y toda lengua proclame que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre.*"  (Filip. 2.6-11)**

**Al encumbramiento de la humanidad por su unión hipostática con la divinidad, se vinculan todos los derechos divinos y por lo tanto la supremacía expresa en su "poder de juzgar a vivos y muertos". Así, pues, esa doble naturaleza de Jesús en su unidad de Persona es la que recibe la dignidad de ser Juez sobre sus criaturas, entendiendo por juicio la capacidad para discernir entre el bien y el mal en ellas.**

**San Pablo y San Juan serán los que más resalten esta dignidad judicial de Cristo. Y la consideran como la pantalla en que se refleja su misteriosa grandeza divina encerrada en la criatura humana. Ambos Apóstoles, en sus escritos, propio o atribuidos, expresan con clari­dad meridiana la consideración soteriológica de que, si El ha venido a salvarnos, El será misericordioso y justo, benevolente y recto, en sus juicios divinos.**

**Es una verdad evidente esa elevación de Cristo Jesús a la categoría de Juez supremo. Es doctrina de fe, insistentemente aludida en la Escritura, en la Tradición y en las enseñanzas del Magisterio eclesial. Por lo tanto se presupone con claridad la existencia de ese Juicio universal a cargo del Hombre Dios, Jesucristo.**

|  |
| --- |
| **Todos los símbolos de fe lo confiesan, comenzando por el llamado apostólico: "*Vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos*", es decir, a todos. Unos comentaristas antiguos entendieron tal expresión en sentido realista, como alusión a los que vivan cuando Él venga, que serán algunos, y a todos los que hayan muerto anteriormente, que serán los más. Algunos prefirieron la interpretación simbólica: a justos y a pecadores.** |

**2º. Juicio en la Escritura**

**La doctrina del Antiguo Testamento sobre el juicio futuro muestra una progresiva evolución. El libro de la Sabiduría es el primero que enseña con toda claridad la verdad de ese juicio general, colectivo y total sobre justos e injustos que tendrá lugar al fin de los tiempos. (Sab. 4 y 20; 5. 24)**

**Los profetas anunciaron a menudo un juicio punitivo de Dios sobre este mundo, designándolo con el nombre de "el día de Yavéh". En ese día Dios juzgará a los pueblos gentílicos y librará a Israel de las manos de sus enemigos: Joel 3.2; Mal 4. 1. Y no sólo serán juzgados y castigados los gentiles, sino también los impíos que vivan en Israel: Am. 5. 15. 20. Se realizará una separación entre justos y pecadores, entre los que cumplieron la Ley en vida y los que vivieron al margen de ella o en su contra: Salm. 1. 5; Prov. 5. 2; 21 5; Is. 66. 15.**

**En el Nuevo Testamento se recoge el sentido profético del Antiguo Testamento. Vemos cómo se alude a Jesús con frecuencia en cuanto Señor, dueño del sábado, enviado de Dios, profeta poderoso en obras y palabras. Se le presenta como juez y hasta 13 veces Jesús hace referencia a su poder de juzgar.**

**Pasan de 250 las veces que en los 27 libros del Nuevo Testamento se recoge las palabras "juzgar o juicio" (familia se­mántica de "krino", juzgo) adoptando unas veces la idea de dictaminar y en otras ocasiones la de senten­ciar, zanjar, condenar. Y se expresa a menudo su poder de juzgar como rasgo de su predicación, haciendo referencia explícita al "día del juicio" o "al juicio": Mt. 7. 22; 11. 22 y 24; 12. 36 y 41.**

**Detrás de todas esas referencias se mueve la idea de alguien que tiene dere­cho y poder de emitir sentencia, juicio, opinión o valoración. Así se le presenta con frecuencia a Jesús. Y Él mismo, en su calidad de "*Hijo del hombre*" (Mesías), será quien juzgue: "*El Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces dará a cada uno según sus obras*" (Mt. 16. 27). Se presente ese poder con un don, una delegación, una "recompensa divina": "*El Padre no juzga a nadie, sino que ha entregado al Hijo todo el poder de juzgar, para que todos honren al Hijo como honran al Padre... Y le dio poder de juzgar, por cuanto Él es el Hijo del hombre.*" (Jn. 5. 22 y 27).**

**Los Apóstoles recogieron, entendieron y predicaron esta doctrina de Jesús. San Pedro da testimonio de que Jesucristo ha recibido ese poder de Dios: "*Ha sido instituido por Dios juez de vivos y muertos*": Hech. 10. 42; 1 Petr. 4. 5:**

**San Pablo dice en su discurso de Atenas: "*Dios ha establecido un día en que va a juzgar por medio de un hombre elegido por El, a quien ha acreditado ante todos los hombres, resucitándolo de entre los muertos*." (Hech. 17. 31). Y escribe en sus cartas que "*Dios juzgará con justicia al orbe por medio de Jesucristo*": Rom. 2. 5-16; 2 Cor. 5. 10. Por eso llama al día del Juicio "*el día de Jesucristo*": Filip. 1. 6; 1 Cor. 1. 8; 5. 5; 2 Tim. 4. 1.**

**Precisamente por ello los cristianos tienen que ser caritativos al juzgar a sus prójimos: Rom. 14. 10-12; 1 Cor. 4. 5); y deben sufrir con paciencia y esperanza las adversidades y persecuciones de la vida: 2 Tes. 1. 5-10. San Juan describe el juicio al estilo de una rendición de cuentas sobre la caridad con los pobres y necesitados (Mt. 26. 31-46) y presenta la sentencia como premio. Habla de una sola pauta, que es la fideli­dad a lo que Dios espera de cada uno: Apoc. 20. 10-15.**

**3º. Juicio y Tradición**

**El misterio, la doctrina y la enseñanza acerca del Juicio Universal ha estado muy presente en los escritores cristianos de todos los tiempos, mucho más que lo relativo al Juicio particular.**

**Fueron muchos los escritores que resaltaron el rasgo misterioso y amenazante de esa realidad. La Epístola de Bernabé (7. 2) y la Epístola de Clemente Romano (1. 1), que figuran como los más primitivos escritos junto con la Didajé o Doctrina de los Doce Apóstoles (cap. 17), llaman insistentemente a Cristo el "*Juez de vivos y muertos.*"**

**San Policarpo escribía: "*Todo aquel que niegue la resurrección y el juicio es hijo predilecto de Satanás*". (Fil. 7. 1) San Agustín enseñó la verdadera clave, la evangélica, del sentido de ese juicio: "*Todo lo que hacen los hombres se registra, aunque ellos no lo sepan. el día en que "Dios no se callará" (Salm 50.3) se volverá hacia los malos y dirá: Yo había colocado en la tierra a los pobres para vosotros. Yo gobernaba en el cielo ala derecha del Padre, pero en la tierra los pobres tenían hambre. Si hubierais dado algo a los pobres, hubiera subido a la cabeza. Eran los mensajeros de las buenas obras. Como no depositasteis nada en ellos, no poseéis nada en Mí*." (Serm. 18. 4.)**

**Esta idea de la relación entre obras de caridad y juicio final de los hombres estuvo clavada en la mente de la mayor parte de los escritos antiguos.**

**4º. Rasgos del Juicio universal**

**Jesús ofrece un anuncio del juicio universal en su misteriosa descrip­ción del final del tiempo: Mt  24. 39-41; Mc. 13. 24-27; Lc. 21. 26-30. Pero luego presenta una espectacular cuadro de la temática del juicio. Esta se centrará "en exclusiva" en cuestiones de misericordia con los más necesitados: hambrientos, sedientos, desnudos, peregrinos... Será, pues, un juicio sobre el amor.**

**Los buenos y los malos, los misericordiosos con el prójimo y los de entrañas duras, serán separa­dos definitivamente. Entonces los "*cabritos y las ovejas*"... serán colocados "*a la izquierda y a la derecha* del Juez." (Mt. 25.­33). El porqué a la derecha o a la izquierda es complejo el explicarlo. Habría que recorrer las 87 veces en que se habla en el Antiguo Testamento de la derecha como más selecta que la izquierda y las 69 en que se hace lo mismo en el Nuevo Testamento, para entender este rasgo posicional. En todo caso, hay una resonancia profética en esa preferencia.**

**Es una resonancia discutible, pero real: Is. 41.10 y 45. 1; Num. 20. 17; Lam. 2.4. Se hace clara y persistente en los Salmos: 17.36; 39.14; 138.10... entre otros 34 textos similares.  
   El decorado antropomórfico del Juicio universal será equivalente a las descrip­ciones de los Profetas antiguos: Dan. 33. 2; Zac. 14.5; Ez. 34.17; Is. 58.**

**Pero será un Juicio claro, público, transparente y contundente. Los datos serán tan indiscutibles que más que nadie podrá contradecir la sentencia.**

**La ascética cristiana, de los tiempos patrísticos y de los medievales sobre todo se encargará de etiquetar ese acontecimiento con términos sobrecogedores: Dies ire, dies illa...**

**Los mismos sentenciados se admirarán con temor o con amor sobre la sentencia recibida.**

**Preguntarán. “¿*Cuándo, Señor, hicimos o no hicimos eso contigo?.. Cada vez que no lo hicisteis con uno de estos pequeños, conmigo dejasteis de hacerlo*." (Mt. 25. 45)**

**Al juicio seguirá inmediatamente la aplicación de la sentencia: "*Éstos [los malos] irán al suplicio eterno... y los justos a la vida eterna"*. (Mt. 25. 46)**

**En muchos pasajes bíblicos, se afirma expresamente que Cristo, el Hijo del hombre, es quien ha de juzgar al mundo. Pero hay otros muchos que aseguran que Dios será el juez del mundo: Rom. 2. 6 y 16; 3. 6; 14. 10. No hay contradicción entre ambas formar de afirmar el Juicio. En una ocasiones se afirma que es Dios por si mismo; en las otras, que es por medio de Cristo. Por eso dice S. Pablo: "*Dios juz­ga­rá lo oculto de los hombres por medio de Jesucristo*": Rom. 2. 16. Y en otros lugares se afirma lo mismo con nitidez meridiana: Jn. 5. 30; Hech. 17. 31.**

**En alguna ocasión se recuerda que también los ángeles colaborarán en el juicio como servidores y mensajeros de Cristo; Mt. 13, 41 y 49; Mt. 24. 31.  En otras ocasiones se dice que serán los mismos seguidores del Señor quienes ejercerán el poder judicial con todos los hombres: "*Vo­sotros os sentaréis sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel*." (Mt. 19, 28)**

**Son formas de hablar, detrás de las cuales se halla una expresión de la grandeza de los que siguen a Jesús y de la dignidad maravillosa que poseen quienes han sido elegidos y se mantienen fieles: “¿*No sabéis que los santos han de juzgar al mundo?*" (1 Cor. 6. 2)**

**La vida entera del hombre será objeto de juicio y sentencia: para castigo una veces: "*Toda palabra ociosa."* (Mt. 16, 27; 12, 36); para premio en ocasiones: "*Un vaso de agua dado en mi nombre no quedará sin recompensa*." (Mc. 9.40).   Inclu­so las cosas más ocul­tas y los propósitos del corazón más recónditos entrarán en el contexto del juicio. Lo dice S. Pablo: Rom. 2. 16; 1 Cor. 4. 5.**

**5º. Resultado del juicio**

**Desconocemos el tiem­po y el lugar en que se celebrará el juicio (Mc. 13. 32). No sabemos muchas cosas relacionadas con él. Pero no podemos dudar de que es la expresión del triunfo final de Jesús. Para quienes acusan a la religión cristiana de ser la exaltación de un crucificado y por lo tanto la expresión de un fracaso vergonzoso (Nietzsche... Feuer­bach...) la dimensión del juicio se les presenta como un rasgo psicopatológico.**

**Pero los que asumen el misterio grandioso de la Cruz, comprenden que este dogma refleja la grandeza del triunfo final de Jesús, no a la forma humana, sino bajo el prisma de la supremacía divina.   Entonces entenderán aquello de que "*cuando sea levantado en alto, entonces todo lo atraeré hacia Mí.*" (Jn. 12.32)**

**El Juicio Universal, pues, servirá para glorificación de Dios y de Jesu­cristo (2 Tes. 1. 10). Se verá con claridad la sabiduría de Dios en el gobierno del mundo, su bondad y paciencia con los pecadores, su corazón misericordioso. No tiene sentido dar sentido de venganza contra el mal a eso que se espera venidero. Es preferible  insistir en su dimensión del triunfo de la misericordia divina.**

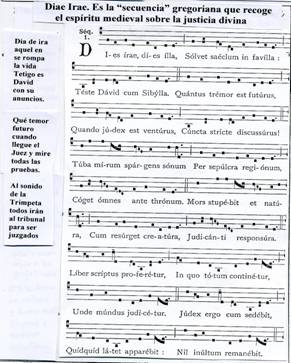
**La glorificación del DiosHombre alcanzará su punto culminante en el ejercicio de su potestad judicial sobre el universo. El juicio particular habla sólo del  individuo. El juicio universal vuelve la visión sobre toda la humanidad**

**Será el triunfo y el premio del bien y no la venganza sobre el mal. La dimensión positiva, no negativa, es la clave para entender el juicio.**

**6º. Pastoral  y Juicio universal**

**Los criterios que deben orientar la presentación catequística del Juicio Final deben ser adecuados a cada edad y a cada situación religiosa de los destinatarios. En todo caso siempre convienen algunas pistas:**

**Hay que resaltar la misericordia divina y no la espectacularidad de la venganza sobre los malvados. Hay que superar en los tiempos actuales una visión cinematográfica, al estilo de la que late en la Capilla Sixtina con el cuadro sobrecogedor de Miguel Angel o en los Himnos litúrgicos antiguos, al modo del Dies Irae**

****

**La dimensión evangélica de la cari­dad, muy superior a las perspectivas de justicia divina reflejada en los Profetas del Antiguo Testamento, es lo que nos hará presentar el Juicio como un Triunfo de Cristo y no como "arreglo de cuen­tas." Es decisivo hablar más de los premios de los justos que de los castigos de los malos.**

**- Con alumnos mayores se puede ofrecer razones sobre la Justicia divina, imprescindible para entender el misterio del bien y del mal. Con niños pequeños hay que ser más prudentes y moderados y hablar sólo del bien y del premio.**

**- Conviene recordar que el hombre de hoy vive mucho del presente, poco del pasado y nada del futuro. El Juicio Final le dice muy poco ante las ofertas del presente. Sin embargo, no se debe ocultar su existencia y su realidad venidera.**

**- Los textos evangélicos son la mejor línea catequística en la presentación de este tema tan desconcertante y misterioso. Entre estos textos, algunos son modélicos, como el del juicio del amor (Mt. 25. 31-46), el del poder de Jesús (Jn. 5. 28-29) y el del libro de la vida (Apoc. 20.**

**11-15). Pero ninguno es suficiente para entender lo que, en definitiva, es un misterio insondable que debe convertirse en llamada a la conversión y no en objeto de temor y temblor.**

**El Catecismo de la Iglesia Católica dice: "*El mensaje del Juicio final es una llama­da a la conversión, mientras Dios da a los hombres todavía tiempo favorable, tiempo de salvación. Inspira el santo temor de Dios. Compromete para la justicia del Reino de Dios. Anun­cia la bienaventurada esperanza de la vuelta del Señor, que vendrá para ser glorificado en sus santos y admirado en los que hayan creído*." (Nº 1041)**

***Día de ira, aquel día*  
*en que se rompan las ataduras del mun­do,*  
*según lo  avisó el testigo David.*  
*Cuánto temor al futuro*  
*cuando el Juez que ha de venir*  
*se presente sin discusión***

**5. INFIERNO**

**La creencia cristiana sobre el Infierno se expresa en la afirmación de que las almas que mueren en pecado mortal, es decir en actitud de oposición a Dios, van al infierno. Y entiende por infierno el estado o situación de alejamiento divino (pena de daño), acompañado de sufrimiento enorme por haber perdido la dicha que Dios había ofrecido. Ese estado de desdicha y dolor será inmutable, permanente y consciente.**

**Terminado el tiempo de la vida, nada puede cambiar por toda la eternidad. Las palabras de Juan: "*Ya está la segur a la raíz del árbol. ... y todo árbol que no da fruto será cortado y echado al fuego... y a un fuego que no se apaga."* (Mt. 2. 8-12), son el símbolo de esa definitiva situación de quien, libre en la vida, no actúa como Dios quiere y espera.**

**La obstinación del condenado que a sí mismo se excluye del Reino de Dios y se niega a adherirse al bien durante su estado de viador es la puerta del misterio de la condenación**

**.  
   No es la palabra "infierno" la que impresiona: es el misterio de la perdición eterna que en ella se esconde. Infierno no significa otra cosa que "subterráneo", subsuelo, abismo, averno, lugar inferior. La Biblia griega de los LXX, que citan los textos originales del Nuevo Testamento, pone el término "Hades" o "a-bbysos" (abismo) para traducir el término hebreo de “sheol” o lugar de los muertos.**

**En ese lugar colocaba la mentali­dad antigua, oriental y griega, las divinidades nocivas, del mismo modo que se situaban las buenas en las alturas, en el Olimpo los griegos y en el firmamento los babilónicos y persas.**

**Pero la idea de infierno se precisa en el pensamiento judío tardío y en el cristiano primitivo, como el lugar de castigo donde los malos en este mundo se con­vierten en réprobos para toda la eternidad. Es un lugar inferior de la tierra; pero evidentemente es una forma de hablar, pues ni puede localizarse en espacio concreto ni responde a delimitación precisa ni para las almas ni para los cuerpos después de su resurrección.**

**A los condenados se le llama réprobos. Están con su alma en esa situación. Y después de la resurrección de todos los hombres, se hallarán también con sus cuerpos.   El misterio del castigo eterno debe entenderse en doble sentido: en cuanto castigo y en cuanto a perpetuo o eterno. Ambos son los rasgos que la Escritura y la Tradición.**

**En ambas, la idea del castigo está tan clara que no es posible negar su exis­tencia según la fe cristiana. Ni es posible ignorar el carácter voluntario y libre de los condenados.**

**1º. El infierno en la Escritura**

**La Biblia alude al infierno como "lugar de los muertos", a donde Cristo llegó y liberó a los justos que esperaban su llegada. Pero allí quedaron los réprobos que no habían querido aprovecharse de su misericordia divina.  En ese lugar habría, pues, diversos compartimentos o situaciones.**

**a) Antiguo Testamento**

**En el Antiguo Testamento se intuye el castigo de los malvados y se habla de forma muy difusa del mismo. El Profeta Jeremías alude a la "*ignominia eterna dada por Dios*" (Jer. 23.40) y pide al Señor que su furor "*no se mantenga eternamente*" (Jer. 17.4).**

**Otros textos proféticos: Mal. 1.4; Abd 10: Baruc 4. 35 se refieren a la ira divina interminable y atroz. Job recuerda que los que "*no obedecen, perecen para siempre*." (Job. 4.20)**

**En las Cróni­cas se recuerda que "*el que no obedece a Dios, es rechazado por El eternamente”.* (2 Cro. 28.9). Y en los Salmos se pide a Dios que no confunda a sus seguidores para toda la eternidad (Salm. 30. 2; 70. 1;**

**Pero son las palabras de Jesús, o que los evangelistas ponen en labios de Jesús, las que resultan nítidamente definitorias del castigo eterno. El mismo Señor pronuncia el rechazo de los que no cumplido con la ley natural de la compa­sión: “*Apartaos de mí, ¡malditos! Id al fuego eterno, preparado para Satanás y sus ángeles"*. (Mt. 25. 41)**

**La comparación más frecuente que se atribuye a Jesús es la del fuego de la Gehena, probable lugar de consumo de desperdicios urbanos en el torrente inferior de la ciudad.**

**"*El que llame a su hermano racca (renegado) será reo del fuego de la Gehena*." (Mt. 5.22).**

**"*Más vele perder un ojo, que con los dos ser arrojado para siempre la Gehena*" (Mc. 9.47).**

**Además otros textos aluden a tal castigo: Lc. 12.5;  Mt. 5.30;  Mt. 18.9.**

**Y en cuanto al rechazo eterno, Jesús también pronunció con claridad el carácter irreversible del alejamiento de Dios; Mt. 18.8;  Mt. 25.41.  Lo dijo explícitamente: "*Los malos irán al fuego eterno*". (Mt. 25. 46). "*Y el que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tendrá perdón nunca, antes será reo de pecado eterno."* (Mc. 3. 29)**

**Los Apóstoles continuaron con la claridad del mensaje, centrado en la realidad y en la eternidad del castigo. Los Escritos que de su inspiración salieron son contundentes al respecto. San Pablo afirmó que los que obren mal en el mundo "*serán castigados a eterna ruina, lejos de la faz del Señor y de la gloria de su poder.*" (2 Tes. 1. 6; Rom. 2. 6-9; Hebr. 10. 26-31).**

**Esa enseñanza se repite en diversos lugares: 2 Petr. 2. 6; se expresa con temor y con compasión, por no poder lograr la conversión del malvado, y en relación a los ángeles y a los hombres: a los ángeles: "*porque no guardaron la fidelidad Dios y por eso los tiene atados con ligaduras eternas bajo las tinieblas."* (Jud. 7 y 13). Y a los hombres que no cumplen la ley divina, porque "*los rebeldes se atraerán sobre sí mismos la condenación*." (Rom. 13.2)**

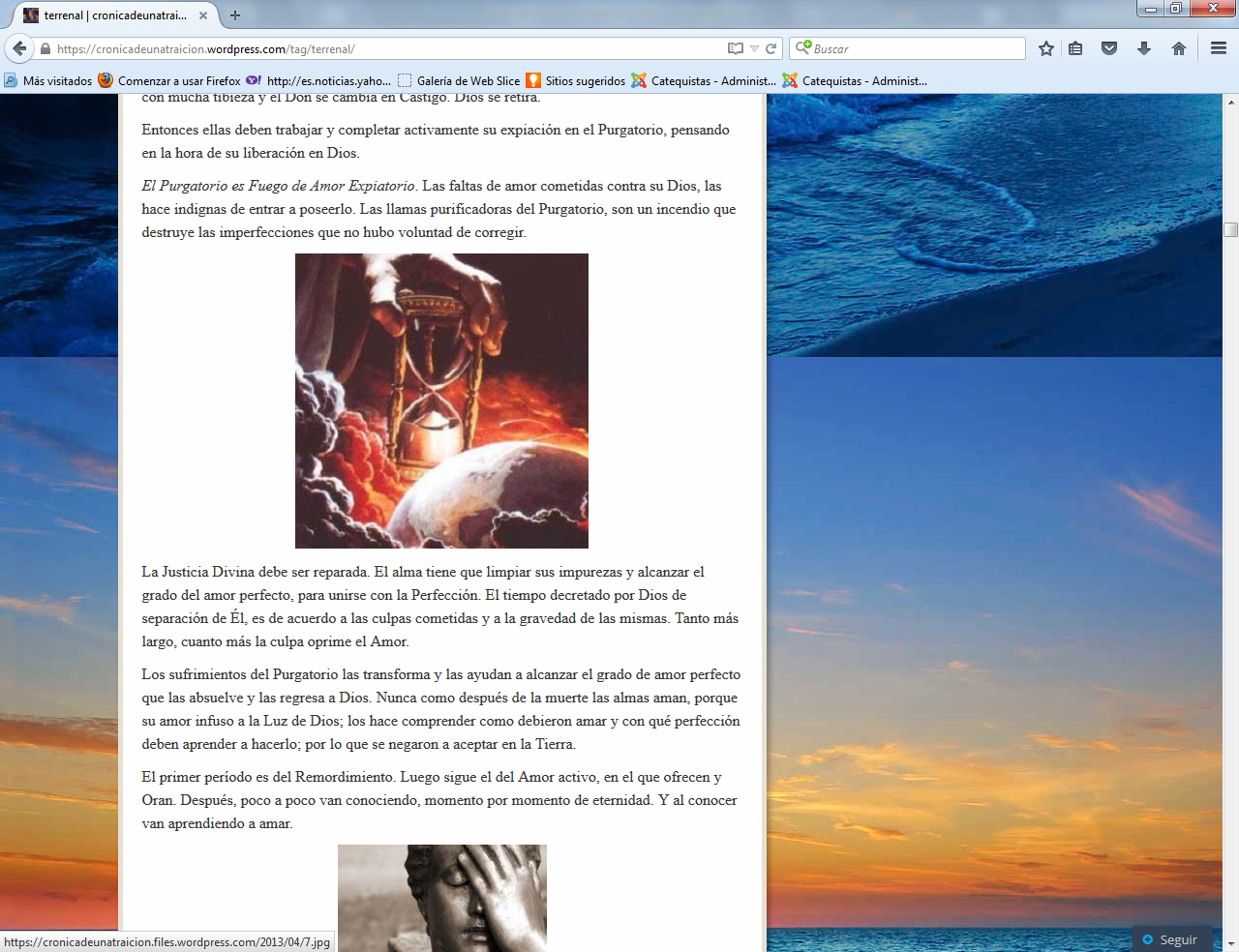
**En el Apocalipsis también se dice con nitidez: "*Los impíos tendrán su parte en el estanque que arde con fuego y azufre... Serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos."* (Apoc. 21. 8; y 20. 10)  La abundancia de pasajes y la claridad de los mismos puede dejar impresión de desconcierto y engendrar sentimientos de terror. Así aconteció en muchos ascetas, de cuyos ejemplos de penitencia está llena la Historia de la Iglesia y cuyo recuerdo permanece en los retablos de los templos y en las salas de los museos enriquecidos con el arte medieval y barroco (María Magdalena, S. Antonio abad, S. Jerónimo, S. Bruno, S. Romualdo, etc.)**

**Pero la correcta exégesis de los textos, situados en sus contextos, lleva a la conclusión de que la mirada de los hagiógrafos se halla dirigida hacia el Cristo misericordioso que vino a traer la salvación, respetando la libertad electiva de los seguidores, y no la condenación expiando sus debilidades.**

**En el fondo todos los textos están diciendo: "*Os estaré recordando en todo momento estas cosas aunque ya las sepáis*." (2. Petr. 1. 12). Para que, "*aunque seáis tenidos por tristes, estéis eternamente alegres*." (2 Cor. 6. 10)**

**2º. la Tradición unánime**

**Los Padres dieron testimonio unánime de la realidad del infierno desde los primeros tiempos y resaltaron la necesi­dad de pensar en él infierno pa­ra luchar contra el pecado y las tentaciones.**

****

**P. Nieremberg. En “Diferencia entre lo temporal y eterno”**

**La creencia de que "*los que mueren en pecado mortal van a la condenación del infierno*", estuvo expresada ya en los Símbolos primitivos. (Denz. 40)**

**Los testimonios en este sentido se multiplicaron en todos los grandes teólogos de esos siglos. Según San Ignacio de Antioquía, "*todo aquel que, por su pésima doctrina, corrompiera la fe de Dios por la cual fue crucificado Jesucristo, irá al fuego inextinguible, él y los que le escuchan*." (Sobre Ef. 16. 2).**

**San Justino fundaba el castigo del infierno en la idea de la justicia divina. "*Esa justicia no deja sin castigo a todo el que transgrede la ley*." (Apol. II. 6 y Apol. 18. 4; 21, 6; 28. 1)  Es normal que en un tema como el del infierno, las costumbres y los lenguajes de cada época se hayan hecho notar en el tono y talante de los diversos testimonios. Pero la diversidad de lenguajes nunca eclipsó la unanimidad con la que la Iglesia testificó la realidad del castigo eterno para los pecadores empedernidos y empeñados en su propio pecado.**

**En el III Concilio de Valence se declaraba: "*Creemos que nadie se conde­na por juicio previo, sino por merecimiento de su propia iniquidad. Y que los mismos malos se pierden, no porque no pudieron ser buenos, sino porque no quisieron serlo y por su propia culpa permanecieron en la masa de condenación por su culpa original y también por la actual.*" (Den 321)**

**3º. Naturaleza del infier­no**

**De la Sda. Escritura sólo se desprende la existencia del castigo para quienes no quieren acoger la misericordia y se alejan libremente de Dios por el pecado. Es la Teología posterior la que multiplicó sus refle­xio­nes y sus intentos de aclaración sobre la realidad del infierno.**

**En general fue la época Escolástica la que más "razonó" sobre esa realidad, a partir de los datos bíblicos y de la Tradición. Distinguió dos elementos en el suplicio del infierno: la pena de daño (suplicio de privación de Dios) y la pena de sentido (suplicio para los sentidos). Es la doctrina habitual de la Iglesia, sobre la que hay pocas definiciones dogmáticas y muchas consideraciones ascéticas.**

**La pena de daño, la esencial, corresponde al alejamiento voluntario de Dios, a quien se rechaza por el pecado mortal. Supone una aversión malvada y la conciencia dolorosa de alejamiento, que en vida procede de debilidad voluntaria, de malicia consentida o de ignorancia interesada y preferida; pero que, luego de la muerte, se transforma en estable, al haberse querido mantener sin arrepentimiento. Es incomprensible que pueda darse tal aberración, pero el hombre es libre para quererla.**

**La pena de sentido es complementaria y supone la participación de las partes o principios que componen la naturaleza humana: la espiritual que llamamos alma con sus capacidades anímicas de inteligencia y voluntad; y la material que es el cuerpo con sus potencias sensoriales.**

**a) La pena de daño**

**Se halla atestiguada por la Escritura y la Tradición, confluyendo ambas en la obsesión del pecador en mantenerse en el pecado mortal. La esencia de ese estado es el rechazo a la unión con Dios. Cuando se consolida como definiti­va al morir, genera la pena y dolor del daño. Es tan grande cuanto grandio­so e infinito es el don perdido, que es el mismo Dios. El condenado es consciente de lo que ha perdido y su ser, creado y nacido para la felicidad, sufre la desgracia y el vacío angustioso de la privación de la visión beatífica de Dios.**

**En él resuena eternamente el rechazo divino: "*No os conozco, apartaos malditos al fuego eterno, creado para Satanás y sus ángeles*." (Mt. 25. 12; Lc. 13. 27; 14. 24; Apoc. 22):**

**La razón del rechazo está en la injusticia de no dar a Dios lo que le corresponde: la adoración y el amor. S. Pablo habla de esa injusticia cuando dice: "¿*No sabéis que los injustos no poseerán el Reino de Dios?*" (1 Cor. 6. 6)   Apenas si podemos entender o decir más de esa pena. Pero racionalmente sospechamos que tiene que ser inmensa. Si no se dice infinita, es por la naturaleza contingente de la criatura humana.**

**b) La pena de sentido**

**La pena sensible, la de los sentidos, es complementaria. Aunque sea la que más impresiona a nuestra mente sensorial, es mera consecuencia de la esencial, que es la de daño.   Consiste en los tormentos causados en el alma por la angustia y amargura de haber legado a tal estado; y en el cuerpo por los misteriosos efectos del "fuego eterno".**

**La Sagrada Escritura habla repetidamente de ese "*fuego eterno del infierno*" (Mt. 3.10; 13.42: 18.8; 25.41; Lc. 3.17) al que son arrojados los condenados. Lo simboliza en el "*llanto y el crujir de dientes*." (Mt. 8.12), imagen del dolor y la deses­peración.**

**El fuego del infierno fue entendido en sentido metafórico por algunos Padres antiguos, como Orígenes y San Gregorio Niseno; y por algunos teólogos posteriores, los cuales interpretaban la expresión "fuego" como imagen de los dolores pu­ramente espirituales.**

**El Magisterio de la Iglesia no ha condenado esta forma de entender el sentido del fuego, teniendo en cuenta de que la realidad física de la combustión de alguna sustancia a muy alta temperatura no es compatible con la realidad extrafísica de la otra vida. Pero la mayor parte de los escritores cristianos no admiten que se trate de un mero juego verbal simbólico y, dada la insistencia del término y la realidad tremenda del castigo, se inclinan a pensar en algo como misterioso, doloroso verdaderamente real.**

**La acción de ese "fuego real", físico o no físico, sobre seres puramente espiri­tuales la explica Santo Tomás, siguiendo a San Agustín y a San Gregorio Magno, como "sujeción o dependencia" de los espíritus a la materia, que es causa de dolor y actúa como instrumento de la justicia divina. (Supl. S. Th. 70. 3)**

**Evitar las descripciones puramente gratuitas de mentes exaltadas que intentan sugerir formas de tormento de las que no habla la Escritura, incluso localizar el dolor en la parte del cuerpo con la que se ha pecado: comida, avaricia, lujuria, no parece ni teológico ni psicológico. Son metáforas irrelevantes e ingenuas en nada concordes con la razón.**

****

**4º. Propiedades del Infierno**

**La realidad del infierno tiene que ver con la libertad y la conciencia, con la responsabilidad y la inteligencia de quien en vida ha querido mantenerse en el mal y despreciar la inmensa ayuda que Dios ofrece a los hombres.**

**a) Personal**

**Por eso, el tormento del infierno es siempre algo individual y diferenciado, según el estado personal de cada con­ciencia pecadora. La responsabilidad  propia no puede ser complicada con los pecados come­tidos por colectividades y grupos de pertenencia.**

**El sentido colectivo de pena en los tiempos del Antiguo Testamento tenía más resonancia, por la cultura en que se movían los hagiógrafos. Así vemos que el castigo de Sodoma (19. 23-25) se llevó por delante a todos los habitantes, al margen de su edad o situación. Y que todos los primogénitos de Egipto fueron arrasados por el ángel exterminador (Ex. 12. 29-31). O que, con Coré, Datán y Abirán, (Num. 16. 27-34) bajaron al abismo sus mujeres y sus niños.**

**El Nuevo Testamento resalta más la responsabilidad de la conciencia personal de los individuos, de modo que cada uno debe pagar por sus pecados y no por los ajenos.**

**b). Eterno**

**La eternidad de las penas infernales es lo que más impresiona al tratar este misterio y lo que dejó temblorosos a los poetas, pintores y artistas de todos los tiempos y ámbitos cristianos.**

**Las penas del infierno durarán para siempre. El Concilio IV de Letrán, en 1215, declaró: "*Los réprobos recibi­rán con el diablo suplicio eterno*" (Denz. 429). Y Benedicto XII definió en Enero de 1336: *"Las almas de los que salen de este mundo en pecado mortal actual son llevadas al infier­no inmediatamente después de la muerte para ser castigadas con penas infernales*." (Denz. 531).**

**Desde los tiempos de Orígenes, siempre hubo teólogos y escritores que tuvieron serias dificultades para aceptar la eternidad de las penas, apoyándose en la infinita misericordia divina y pensando que debería haber alguna forma misteriosa por la cual Dios termi­naría perdonando a los condenados, por obstinados que resultaran. La teoría origenista de la "apocatástasis", o regeneración final, ya fue rechazada por un Sínodo de Constantinopla en el 543 (Denz. 211). Y la enseñanza de la Iglesia se mantuvo siempre en la defensa de la inmutabilidad de las penas una vez  que ha terminado  el tiempo de esta vida.**

**La Sagrada Escritura afirma explícitamente esa eternidad, recogiendo datos del Antiguo Testamento, pero sobre todo interpretando las palabras del mismo Cristo.**

**Los Profetas hablaron de "*eterna vergüenza y confusión*" (Dan 12. 2) para los malos. Los libros sapienciales insistieron en el "*castigo sempiterno*" (Sab. 4. 16). Otros libros aludieron incluso al "*fuego eterno*" (Jdth. 16. 21).**

**El término "eterno", que luego se recogerá repetidamente en el Nuevo Testamento (Mt. 18. 8; Mt. 25. 41 y 46; Jd. 7; 2 Tes. 1. 6) no puede entenderse de otra forma que en su sentido natural: perpetuo, permanente, inacabado, interminable. Cualquier tergiversación supone apartes de la verdad evangélica.  Es lo mis­mo que decir "*fuego inextinguible*" (Mt. 3. 12; Mc. 9. 42; Lc. 4. 31) o de la "*gehenna, donde el gusano no muere ni el fuego se extingue*" (Mc. 9. 46; Lc. 47. 5). Es ni más ni menos que reflejar que el tiempo se ha terminado y ya nada cambiará.**

**La doctrina cristiana se fundamenta en que, pasado el tiempo de prueba que es el de vida, la voluntad de los condenados está obstinada inconmoviblemente en el mal; y que es incapaz de verdadera penitencia o conversión. Tal obstinación se explica por haber terminado el momento de la gracia de Dios.**

**Es misteriosa esa decisión divina de que el tiempo de prueba es temporal y no perpetuo. Pero es así. La explicación de Santo To­más: Summa Th. I. II. 85. 2 ad 3 y Suppl. 98. 2. 5 y 6, se apoya en la inmutabilidad divina. Y la Teología tomista se esfuerza por reflejar la voluntad divina misericordiosa, en la voluntad salvífica universal, pero dejando en claro que Dios hizo al hombre libre y respeta misteriosamente esa libertad. Lo que realmente importa es conocer lo que Dios quiso que fuera y no lo que el hombre piensa que pudiera haber sido.**

**c). Desigual**

**Otro rasgo de las penas del infierno es la desigualdad y la dependencia de las malas acciones cometidas en vida y de las que no hubo arrepentimiento. El sentido de justicia reclama la adap­tación de la pena a los delitos.**

**Los Concilios de Lyon y Florencia lo afirmaron explícitamente: *"Las almas de los condenados son afligidas con penas desiguales*." (Denz. 464 y 693). Probablemente hay que entender esa diferencia, no sólo de la pena de sentido, sino también de la intensidad como se hará pre­sente en cada condenado la pena de daño, aunque ésta sea la fundamental del infierno.**

**Jesús amenazaba a los habitantes de Corozaín y Betsaida que su impenitencia merecería un castigo mucho más severo que el de los habitantes de Tiro y Sidón. (Mt. 11. 22). Y a los escribas les auguraba un juicio más severo que a otros pecadores (Lc. 20. 47). No era preciso esa diferenciación, pues parece de sentido común el que, si lo pecados son muy diferentes en malicia y en conciencia de responsabilidad y que varían mucho en número, las penas es preciso que sean también diferentes.**

**San Agustín enseñaba: "*La desdicha será más soportable a unos condenados que a otros*" (Enchir. XI. 7). Y la diferencia no estará sólo en la resigna­ción o aguante de los condenados, sino de la intensidad de la pena**

**d). Consciente**

**El condenado conservará la concien­cia de su estado y la certeza de que se halla en él por su propia voluntad, la cual se habrá de tal manera fijado en el mal que le incapacitará eternamente para arrepentirse.**

**No deja de ser un misterio el cómo puede darse esa situación, pues trasciende todos los datos de experiencia humana desde los cuales los hombres podemos comprender las cosas. Pero será así, sin duda alguna.**

**Precisamente esa claridad de la propia situación y el saber que se pudo haber salvado con sólo aprovechar las gracias de un Dios que le amaba y quería de verdad su felicidad eterna, será el motivo central de su sufrimiento.**

**Esta presunción de conocimiento en el condenado está relacionada con la certeza de que Dios hizo a los hombres libres y les dejó elegir sus caminos.**

**e) Con obstinación**

**A pesar de su dolor, los condenados estarán obstinados en su situación, pues para ellos se ha terminado el tiempo de elección y su realidad se ha paralizado. Lo comentan muchos Padres y se admiran de que los conde­nados mantengan el "odio a Dios" de forma inmutable, siendo esa situación el motivo de su distancia­miento eterno.**

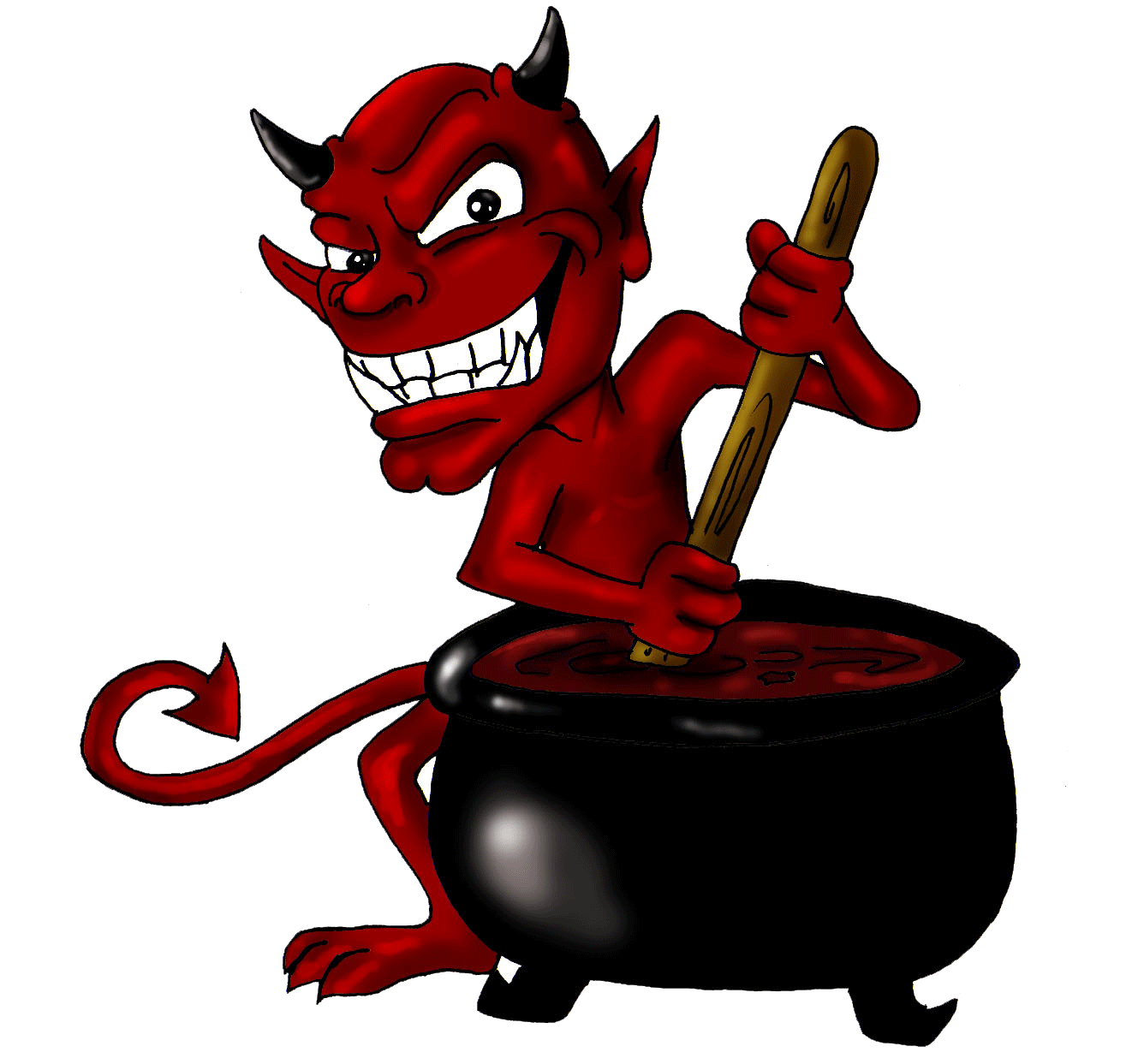
**No será Dios el que los odiará, pues Dios no puede odiar a las criaturas que el mismo hizo. Pero respetará la opción que en vida hicieron de alejarse de El para siempre.**

**El emblema del Apocalipsis aplicado a los demonios, es ilustrador: *"Lucharon encarnizadamente el Dragón y con sus ángeles contra Miguel y lo suyos, pero fueron vencidos y arrojados del cielo para siempre*." (Apoc. 12 7-8)**

**Los ángeles condenados desde el principio, cuando el Señor Dios hizo la "creación invisible" del mundo, son una de las principales referencia del infierno de los condenados.**

**Esos seres diabólicos, ángeles caídos, han sido asociados con frecuencia a la administración de los castigos del infierno. La doctrina cristiana no habla de ellos, pero nada apoya el que ellos ten­gan alguna influencia o actuación sobre los condenados.**

**Es preciso superar los antropomorfismos al respecto, sobre todo si se les atribuye con metáforas o creencias ingenuas algunas atribuciones improcedentes. Son seres misteriosos, de los cuales sólo sabemos por la revelación que existen y están condenados. Nada avala que sean muchos o pocos, que haya entre ellos clases o niveles o que sean todos iguales, que actúen más o menos en la tierra o que se hallen eternamente e inmutablemente alejados de la tierra.**

****

**5º. Situación de los demonios**

**Sin duda que atribuirles la consideración de atormentadores y carceleros de los seres humanos, intentando hacer sufrir a sus "clientes", sobre los cuales tiene un poder especial, no deja de ser una ingenua creencia.**

**La tradición cristiana, basada en diversos textos bíblicos, atribuye a los demonios cierta capacidad tentadora en este mundo: Jn. 8.44; Apoc. 12.9; 1 Jn. 5. 18-19. Jn. 17. 15. Pero poco se puede decir con respecto al otro.  Por eso, en la evangelización, es mejor rectificar ciertas creencias que rozan la superstición que potenciar las ideas sobre la función de protagonistas de los demonios en el castigo del infierno.**

**San Ambrosio escribía: "*El Señor ha borrado vuestro pecado y borrado vuestras faltas. El os protege y guarda contra las astucias del diablo que os combate, para que el enemigo, que tiene la costumbre de engendrar la falta, no os sorprenda. Quien confía en Dios, no tema al demonio, porque "si Dios está con nosotros, ¿quien estará contra nosotros?" (Rom. 8.31).*"**

**Es mejor relegar estos temas a la zona de lo misterioso de lo que apenas se puede decir nada cierto, que el describir con imágenes irreales lo que en ningún lugar del a escritura está indicado. Es cierto que el mal y el maligno existen. Pero más cierto es que Dios, Padre bueno, se halla por encima del mal y del maligno**

**6º. Infierno y piedad popular**

**También es importante el resaltar que la idea del infierno ha suscitado múltiples apoyos para la vida de los cristianos de todos los tiempos.**

**Ha inspirado a los predicadores penitenciales y a los cristianos, ha llenado de sentimientos nobles los tiempos cuaresmales y ha permitido entender mejor la grandeza del misterio redentor de Jesús. Ha ayudado con fuerza a rechazar el pecado y el abuso de los débiles y a cultivar la necesidad de la reparación y del arrepentimiento.**

**El temor de Dios es un sentimiento cristiano profundo y positivo, con dimensiones naturales necesarias para hombres de carne y hueso, y con aspectos sobrenaturales a los que se llega poco a poco cuando hay rectitud de intención.**

**Un naturalismo ingenuo que ignora el saludable temor de Dios como fuente de la sabiduría de quien aprende con él a huir del mal es mal criterio para acompañar al cristiano en su camino hacia la salvación**

**El temor al infierno es fuente de piedad y de agradecimiento a Dios que nos salva y protege. Hay que ver ese temor como algo estrechamente nacido de la Escritura: Rom. 13.7 1 Tim. 5. 14; 1 Petr. 3. 14;**

**Cuando se sigue el consejo de Pedro: "*Mantened el temor de Dios en todas las cosas*." (1. Petr.  2.18) o el de Pablo: "*Avanzad en la santidad mediante el temor de Dios*." (2. Cor. 7.1), es fácil darse cuenta de que la vida es una lucha en la que cada uno puede caer, sobre todo si es arrogante y vanidoso ante las propias fuerzas: "*El que crea que está pie, que tema no caiga*". (1 Cor. 10.12)**

**7º. Pastoral y tema del infierno**

**Como misterio cristiano, en la Catequesis hay que presentar el misterio del castigo eterno con naturalidad y con oportunidad. Una postura racionalista que lo menosprecie es tan perjudicial para la recta presentación del mensaje evangélico y para la fe serena como una polarización temerosa en su realidad.**

**1.º Temor al infierno**

**Trento indicó que el miedo al infierno es saludable y beneficioso para el cristiano: "*Si alguno dijere que el miedo al infierno, por el que, doliéndonos de los pecados nos refugiamos en la misericordia divina o nos abstenemos de pecar, es pecado o hace peores a los pecadores, sea anatema.* (Denz. 818)**

**- Debemos en catequesis recordar el infierno y saber armonizarlo con el sentido de la filiación divina, pues "*hemos recibido el espíritu de adopción no el temor de la servidumbre*." (Rom. 8.15)**

**- Se debe repudiar las formas excesivamente descriptivas del infierno, así como las imágenes escabrosas del mismo, las cuáles se apoyan más en la pena de sentido que en la de daño, lo cual es desvirtuar la esencia del infierno.**

**2º. Problemas especiales**

**La exposición del infierno debe estar presidida de cierta serenidad y rehuir toda espectacularidad, con descripciones escabrosas y poco apoyadas en la Sda. Escritura.**

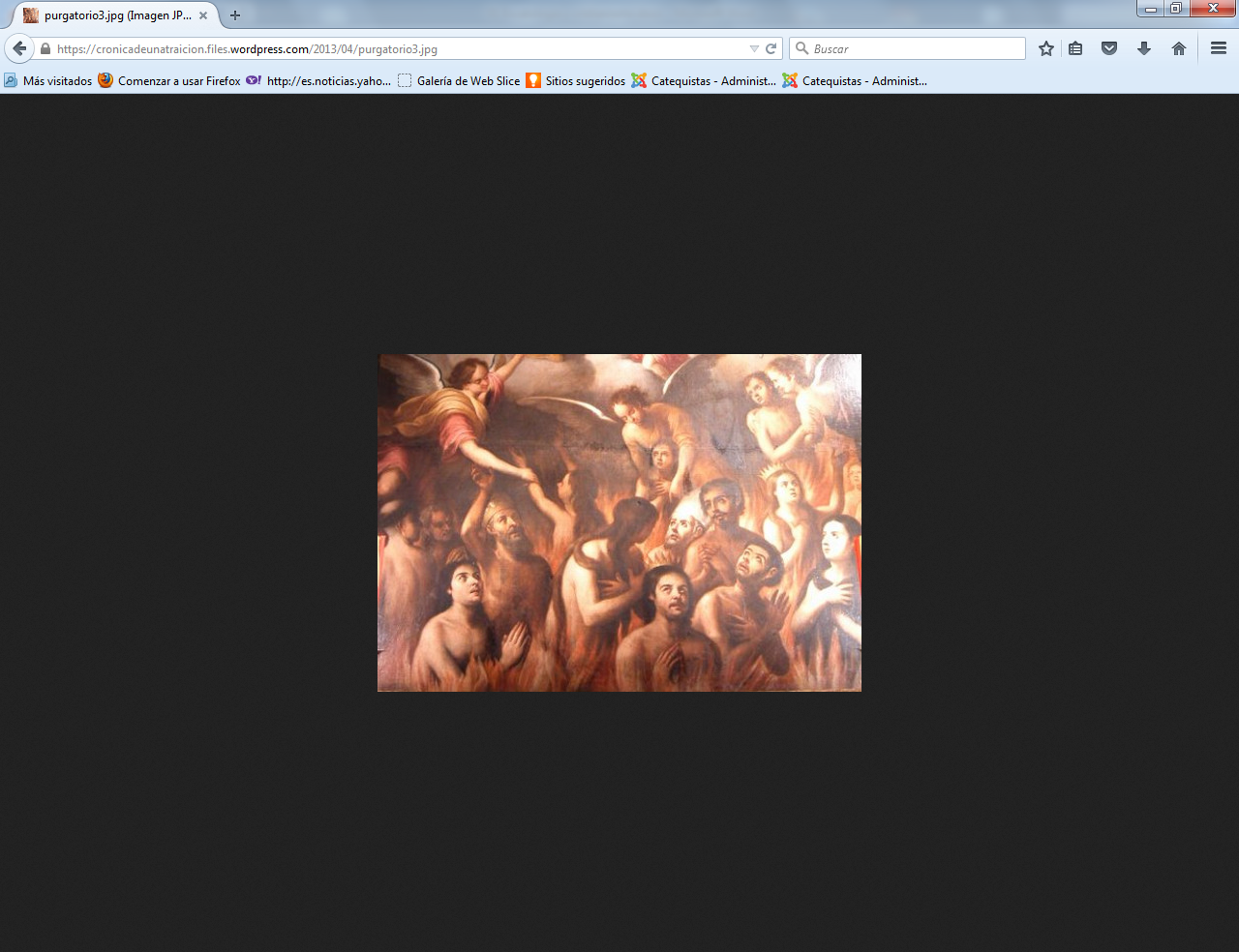
**-  Al llega a ciertas edades, la preadolescencia y adolescencia, se corre el peligro de no saber armonizar la idea de la predestinación o de la presciencia divina, con el hecho de la posible condenación de quien se obstine en el pecado. Conviene no resaltar en esos momentos evolutivos las figuras escabrosas del infierno, sino la idea de la misericordia divina que siempre da la ayuda para salvarse.**

**-  Determinadas cuestiones relacionadas con el infierno a veces pueden perturbar la mente de catequizandos más sensibles o reflexivos. Tales son el número de los que se salvan (Mt. 7. 13-14), la existencia de pecado contra el Espíritu que "no se perdonan ni en esta vida ni en la otra" (Mt. 12.31), la libertad ante pecados "irresistibles", la posibilidad de arrepentirse en la muerte.**

**- Es peligroso reemplazar la verdadera doctrina cristiana sobre el infierno por la presentación de cuestiones más curiosas que piadosas o más propias de un gusto mas casuístico del dogma y de la moral que del evangélico, que debe siempre ser el predilecto.**

**- La buena catequesis sobre el infierno es la que se apoya en las mismas enseñanzas de Jesús, las cuáles se basan más en sus palabras de perdón y misericordia que en sus amenazas de castigo o de rechazo.**

**6. EL PURGATORIO**

****

**Las almas de los justos que en el instante de la muerte están manchadas por pecados veniales o que no han purificado del todo las penas debidas por los pecados mortales ya perdonados, deben purificarse antes de entrar en el cielo.  Lo pueden hacer en esta vida con penitencias, oraciones, limosnas y obras buenas. O lo deben hacer en la otra vida, en un estado que se suele denominar Purgatorio.**

**El Purgatorio es, pues, un lugar, estado o situación donde se sufre temporalmente castigos expiatorios.**

**1º. Concepto y naturaleza**

**La realidad del Purgatorio la negaron los cátaros, los valdenses, los reformadores luteranos y la rechaza desde antiguo la Iglesia griega cismática.**

**Como los cismáticos griegos no aceptaron nunca, desde la separación, la doctrina del Purgatorio, los Concilios unionistas de Lyon y Florencia hicieron esta declaración: "*Las almas que partieron de este mundo en caridad con Dios, con verdadero arrepentimiento de sus pecados, antes de haber satisfecho con verdaderos frutos de penitencia por sus pecados de obra y omisión, son purificadas después de la muerte con las penas del purgatorio.*" (Denz. 464 y 693)**

**Los reformadores protestantes siguieron la doctrina de Lutero, que consideraba como contraria a las Escrituras la doctrina del Purgatorio. La juzgaba incompatible con su teoría de la justificación, pues Cristo, al salvar y justificar, no podía dejar absolutamente ninguna mancha en el pecador justificado.**

****

**El Purgatorio ponía en duda esa totali­dad en la justificación y por eso la rechazaba. No negaba la conveniencia de sufragios por los difuntos; pero los mira­ba como consuelo de los vivos más que como ayuda a los muertos.**

**Cuando se consolidó la doctrina lute­rana, los reformados rechazaron también la necesidad de obras buenas para merecer la purificación. Decir que Cristo no limpió toda mancha es irreverente.  Esa actitud movió a declarar al Concilio de Trento: "*Si alguno dice que, una vez perdonado el pecado, nunca más queda consecuencia de pena que deba pagar en este mundo o en el otro, en el Purgatorio, sino que ya no necesita nada para entrar en el Reino de los cielos, sea anatema.*" (Denz. 840)**

**Las declaraciones conciliares confirmaban la común doctrina tradicional de la Iglesia, la cual insiste en que incluso los que mueren sin pecado mortal tienen necesidad de purificación. Así quedan en perfecta y total pureza, la cual hará posible la entrada en el Cielo.**

**2º. Escritura y Purgatorio**

**La Sagrada Escritura no formula ninguna afirmación explícita que indique la existencia del Purgatorio. Pero refleja indirectamente la idea de que tiene que existir un lugar o estado seme**

**jante, por el hecho de alabar que se hagan plegarias y sufragios por los difuntos.**

**En diversos lugares del Antiguo Testamento ya se relata esa práctica y se habla de su necesidad. En el libro de los Macabeos se relata que los judíos oraron por los caídos en la batalla, pues en sus cuerpos se habían encontrado objetos consagrados a los ídolos de Jamnia.**

**Se pidió al Señor que les perdonara sus pecados; para ello enviaron dos mil drac­mas de plata a Jerusalén, a fin de que se hicieran sacrificios por aquel pecado. Pensaban que a "*los que han muerto piadosamente les está reservada una magnífica recompensa. Es santo y piadoso pensamiento. Por eso hizo que se ofrecieran sacrificios expiatorios por los muertos, para que fueran absueltos de sus pecados*. (2. Mac. 12. 46)**

**En el Nuevo Testamento se multiplican ya las alusiones a las ayudas espirituales que se pueden prestar a los difuntos. Jesús mismo habla de algún perdón luego de la muerte: *"Quien hable contra el Espíritu Santo no será perdonado ni en este siglo ni en el venidero*." (Mt. 12. 32). San Gregorio Magno explica este pasaje evangélico: "*En esta frase se nos da a entender que algunas culpas se pueden perdonar en este mundo y algunas también en el futuro*." (Dial. IV. 39)**

**La frase de Jesús: "*En verdad te digo que no saldrás de aquella cárcel hasta que pagues el último ochavo*." (Mt. 5. 26), también se interpretó tradicionalmente como una alusión a la necesidad de la purificación total para llegar a la salvación.**

**Es San Pablo el que más hace alusión a los sufragios por los difuntos. Expresa la idea de que algunos se salvarán ciertamente, "*pero como pasando por el fuego*." (1 Cor. 3. 10). Es decir, que habrá quien se salve plena y directamente al morir y habrá quien precisará un tránsito más indirecto a la salvación.**

**Se deduce que quien muere con imperfecciones, con pecados veniales o penas temporales, debe purificarse de ello después de morir.**

**3º. La Tradición eclesial**

**Los Padres latinos, tomando la palabra evangélica demasiado literalmente, inter­pretan el fuego como un fuego físico, similar pero no igual al del infierno. Está destinado a abrasar después de la muer­te los pecados veniales que no han sido expiados. Es la enseñanza de San Agus­tín (Enarr. in Salm. 37. 3), de San Cesáreo de Arlés (Serm. 179) y de San Gregorio Magno. (Dial. IV 39).**

**San Cipriano enseña explícitamente que, si uno muere sin satisfacer todas sus deudas, debe hacerlo después de la muerte. Sólo los mártires logran una satisfacción total por el mismo hecho de su muerte por la fe. "*Es distinto sufrir prolongados dolores por los pecados y ser limpiado y purificado por fue­go incesante, que expiarlo todo de una vez por el martirio*." (Epist. 55, 20).**

**San Agustín también indica que es preferible pagar las deudas con penas y que conviene aceptar los sufrimientos que vienen como penitencia y expiación en este mundo. Y, si no se hace penitencia aquí, hay que aceptarla después de la muerte para la purificación: "*Unos solamente sufren las penas temporales en esta vida; otros sólo después de la muerte; y otros, en fin, en esta vida y después de la muerte. Pero todos tendrán que padecerlas antes de aquel severísimo y último juicio*." (De Civ. Dei XXI. 13). En otros lugares habla este santo del "*fuego corrector."* (Enarr. in  Salm. 37. 3; y en Enchir. 69)**

**Los sufragios sólo sirven a los que han renacido en Cristo pero que no han vivido de total santidad. Durante un tiempo han de purificarse de las deudas que dejaron en este mundo. (De Civ. Dei XXI 24. 2).**

**San Juan Crisóstomo decía: "*Llevemos a los difuntos socorros y hagamos conmemoración de ellos. Si los hijos de Job fueron purificados por el sacrificio de su padre, ¿por qué hemos de dudar que nuestras ofrendas por los muertos les llevan el consuelo en sus sufrimientos purificadores?"*  (Hom. Cor. 1. 45. 5)**

**5º Enseñanza de la Iglesia**

**El argumento esencial en favor de la existencia del Purgatorio se halla en el testimonio de la Iglesia a lo largo de los siglos, más que en la interpretación rigurosa de los textos bíblicos.**

**Los escritores de la Iglesia de Occidente fueron más explícitos y claros sobreesta creencia que los de Oriente. Resaltaron más el carácter de perdón misericordioso de Dios, que el aspecto de sufrimiento de los difuntos.**

**Siguiendo sus enseñanzas, podemos decir que la existencia del Purgatorio se prueba por la san­tidad y justicia de Dios.  La santidad de Dios reclama la pureza total antes de admitir junto a sí a las almas que se han salvado. (A­poc. 21. 27). Y la justicia exige que se dé satisfacción por algún delito, error o incumplimiento. Lo reclama la justicia divina en sí misma; y lo demanda la "justicia com­parativa", al mirar las acciones de unos en relación a otros que han cometido faltas y han pagado por ellas su tributo de reparación en esta vida.**

**Justicia y misericordia se armonizan en la doctrina del Purgatorio.**

**Purgatorio e Infierno**

**Es frecuente entender el Purgatorio como un lugar de tormentos al estilo del Infierno, con el cuál sólo se diferencia por la duración. Nada más erróneo que esta asimilación. El Purgatorio es infinitamente diferente del Infierno. En el primero se ama a Dios y en el otro se odia. En el uno se produce purificación y en el otro inmutablemente se mantiene el pecado. Entre ambos hay tanta diferencia como la hay entre la esperanza y la desesperación.**

**En el Purgatorio se habla, por analogía al Infierno, de la doble pena de daño y de sentido. Pero es sólo una analogía, bastante imperfecta. Evidentemente es muy distinto sufrir con esperan­za y saber que pronto comienza la felicidad de ver a Dios, a quien se ama, y sufrir con  despecho eterno la perdida irremediable de Dios a quien no se ama, porque no se amó en la vida y el tiempo del cambio se ha terminado.**

**La pena de daño consiste en la demora de la visión beatifica de Dios, no en la imposibilidad de alcanzarla. El alma sabe que verá a Dios y la dulzura de la esperanza alivia la pena de la demora. El juicio divino al morir ha hecho conocer al alma, no sólo la naturaleza de la pena, sino su misma conveniencia. Ama a Dios, que ha sido tan misericordioso y justo que la ofrece la oportunidad de purificarse.**

**La pena de daño se halla en el sufrimiento natural del fuego, si es que se puede hablar de fuego, y de fuego físico, si es que se puede hablar de físico.  Esta reticencia o duda a hablar de forma analógicamente al infierno es evidente. Trascendido el tiempo y el espacio, resulta incomprensible el cómo puede darse esta situación. Por eso es prudente la máxima moderación al hablar en la Catequesis y en la predicación del Purgatorio, pues casi lo único de que se puede tener certeza es de la existencia y sólo de ella.**

**Las almas del Purgatorio tienen conciencia de la filiación y de la amistad de Dios y anhelan unirse con El de forma definitiva y eterna. Su sufrimiento es amor y amor para toda la eternidad.  La misma pena de sentido resulta inexplicable, tratándose de almas puras y espirituales. Los comentarios tradicionales de los teólogos se ha apoyan en la idea de S. Pablo que habla de "*los que se salvan, pasando por el fuego*." (1 Cor. 3. 15) y se asocia esa expresión al sufrimiento material.  La enseñanza oficial de la Iglesia se ha centrado en la afirmación de la "puri­ficación misericordio­sa de Dios" y apenas si podremos decir más cosas a la luz de la Tradición y del Magisterio.**

**6º. Rasgos del Purgatorio**

**Con todo lo dicho, podemos sacar la conclusión de que el Purgatorio es "tiempo provisional", es "purificación individual" y es "plataforma eclesial."**

**Temporal**

**La duración del Purgatorio es, o tiene que ser, variada, según sea la necesi­dad de purificación de cada difunto. Pero en conjunto es una realidad provisional destinada a su desaparición. Cuando se purifique el último de los salvados, desaparecerá para siempre.**

**Después de la sentencia final, nos dice el texto evangélico de la Parábola del Juicio final, no hay más que dos situaciones: "venid" al Reino o "marchad" al fuego eterno, benditos y malditos. (Mt. 25. 41).**

**San Agustín afirma: "*Se ha de pensar que no existen penas purifica­tivas, sino antes de aquel último y tremendo juicio.*" (De civ. Dei XXI 16)**

**Diferencial**

**La pena purificadora será perso­nal e intransferi­ble, adaptada y asumible, inconfundible para cada persona, pero abierta a la intercesión eclesial. Son los rasgos del proceso de purificación.**

**Aunque también es verdad que, en este terreno, existe una innegable y original posibilidad de "satisfacción vicaria". En virtud del dogma del "Cuerpo Místico" y de la "Comunión de los Santos", sabemos que podemos ofrecer por los difuntos plega­rias y obras buenas y que les sirven a ellos de reparación y satisfacción de sus pecados y de sus deu­das.   Por eso en la Iglesia fue tradicional desde los primeros tiempos ofrecer sacrificios expiatorios por los difuntos y se alabó desde siempre tal práctica.**

**La piedad con los amigos y conocidos lleva a ofrecer plega­rias, sacrificios y limosnas para ayudarles en le reparación. Es muy importante en vida relacionarse con amigos que "saben" rezar y hacer limosnas por los amigos difuntos. Es preferible a tener "olvidadizos" familiares y amigos.**

**También fue ese el motivo de que se estableciera en Occidente la fiesta de los fieles difuntos (2 de Noviembre). Tuvo por fin el que la Iglesia, y con ella todos sus miembros, ofreciera sacrificios y sufragios por los difuntos de los cuales nadie se acuerda, cumpliendo así con un deber de piedad, solidaridad y fraternidad universales.**

**Si en el Purgatorio no hubiera esa posibilidad de intercesión, no tendrían sentido los sufragios y resultarían, como quería Lutero, más para consuelo de los vivos que para beneficio de los difuntos.**

**Intereclesial**

**Es interesante también recordar que la Iglesia ha tenido siempre gran respeto a la devoción a las almas del Purgatorio y que las ha valorado, no sólo como destina­tarias de sus sufragios, sino como protagonistas de sus interce­siones para beneficio de los terrenos.  Los dolores y penas de estas almas resultan de gran provecho para sí; pero sirven como motivo de intercesión ante Dios en favor de los que han quedado en la tierra. Dios ha queri­do que se pueda poner su vida y sus méritos como motivo de ayuda a los vivos.**

**Por eso no deben ser miradas como "miembros pasivos del Cuerpo Místico", estando como están unidas ya para siempre a la Vid mística, que es Cristo. Son activas en su tarea eclesial y contribuyen al bien de toda la Iglesia.**

**7 . Objeto de la purificación**

**En la vida futura, la remisión de los pecados veniales todavía no per­donados se efectúa, según doctrina de Santo Tomás (De male 7. II) de forma similar a lo que acontece en esta vida: por el arrepentimiento y la contrición perfecta, actitudes profundas del alma que sólo son posibles con ayuda de la gracia.**

**El arrepentimiento, que se origina al entrar en el Purgatorio, no suprime o aminora la pena de vida, pues el tiempo se ha terminado y no hay posibilidad de merecer ya perdón. Pero, el amor divino que domina en esas almas, hace posible el que unas sus sufrimientos a los de Cristo, "Unico y divino redentor" y participen sus miste­riosos dolores de los méritos de la Cruz.**

**Al igual que acontece con los sufrimientos de la tierra, que sólo tienen mérito sobrenatural si están unidos a Jesús, así pasa con los miembros del Purgatorio. Es la unión del Cuerpo Místi­co, cuya cabeza es Cristo, la que hace purificadora su estancia allí, habiendo pasado ya el tiempo de la vida.  Se puede aplicar el principio del Cuerpo Místico a su situación: "*Quien está unido conmigo pro­duce mucho fruto; y quien no recoge conmigo desparrama." (Jn. 15.5)***

**Por eso, algunos escritores antiguos llamaron a ese sufrimiento "satispasión", explicando que las penas temporales debidas por los pecados son sufrimientos expiatorios. La voluntariedad, que las hace meritorias, radica en la elección de Dios como objeto que hicieron en vida, aunque murieran con imperfecciones y manchas que era preciso borrar.**

**8. Pastoral y Purgatorio**

**El Purgatorio debe ser objeto de una catequesis adecuada, en atención a la tradición de la Iglesia y a las referencias bíblicas aludidas.**

**1. No conviene exagerar, al menos con catequizandos de no elevada formación, las alternativas teológicas y los problemas exegéticos que se pueden deducir de su naturaleza y de sus rasgos. Lo con que resulta más conveniente es asumir la tradicional visión eclesial de que hay difuntos que reclaman nuestras solidaridad y nuestros sufragios. En la medida en que esos difuntos sean nuestros conocidos, amigos y familiares, es preciso recordar el deber de piedad y la necesidad de entrar en juego en esos deberes solidarios de expiación.**

**2. Hay que destacar la necesidad de nuestra propia expiación y la convenien­cia de hacer buenas obras por nuestro pecado, aunque estén olvidados en cuanto a la culpa, si han sido perdonados ya.  Si no hacemos penitencia en esta vida, la habremos de hacer en la otra. Por eso el Purgatorio debe asociarse mucho con la vida de oración y de penitencia que, sobre todo en determinados tiem­pos litúrgicos (Cuaresma y Adviento), se debe proclamar en Catequesis.**

**3. Una especial consigna catequística es aprovechar los momentos frágiles de la vida, para recordar la pureza que se requiere para entrar en el cielo. Los silencios ante los difuntos deben ser superados por las plegarias, las limosnas y los sacrificios personales en sufragio suyo. Esto conduce a dar el verdadero sentido de la muerte cristiana**

**7. GLORIA**



**En general es el equivalente de honor, dignidad, buena reputación, fama, celebridad y popularidad. Y en terminología popular, alude al lugar o situación de los que se han salvado y esperan en el "cielo" el juicio final y la confirmación de su salvación eterna. Con todo en el lenguaje bíblico tiene un sentido de epifanía o manifestación de Dios en sus poder y majestad.**

**En el Antiguo Testamento "häbod" es el término que se emplea para la mani­festación del poder de Dios, tal como aconteció en el Sinaí (Ex. 24. 15; Ex. 33.18; Ex. 40.34); como se manifestó ante Salomón, al inaugurar el Templo: 1 Rey. 8.11; como reclamaron con frecuen­cia los profetas de Israel: Is. 3.8 y  6.3; Jer. 2.2; Ez. 9.3; Sal 8.6; Sal 21.6**

**En el Nuevo Testamento la idea de gloria de Dios se convierte en concepto básico y decisivo de relación con Dios Padre y Creador, en boca de Jesús y en los mensajes de todos sus seguidores.**

**El término griego "doxa" (fama, gloria, opinión excelente) aparece en los 27 Escritos neotestamentarios 235 veces en forma simple o compuesta. De ellas, 28 se atribuyen a los labios de Jesús en alusión a la gloria del Padre o a la gloria que el Padre tributa al Hijo (Lc. 9.26; Mt. 24.30; Jn. 12.28). Las demás se reparten en inmensidad de referencias, desde los ángeles que entonaban "Gloria a Dios en la alturas" (Lc. 2.14) al nacer el Salvador, hasta las palabras finales del centurión encargado de la ejecución de Jesús que "se volvía dándose golpes de pecho y glorificaba a Dios diciendo: "Verdaderamente este hombre era justo." (Lc. 23.47)**

**Los cristianos de todos los tiempos recogieron este mensaje de la gloria como esperanza, como deber y como recompensa. Como esperanza, en cuanto se sintieron siempre invitados a la salvación, es decir a trabajar por llegar a la gloria de Dios como Jesús (Mc. 2.12).**

**Pero la participación en la gloria de Jesús supone aceptar los sufrimientos de la vida (Lc. 24.24), buscar solo la gloria de Dios (Jn. 5.41), vivir según los planes trazados por el mismo Dios. (Mt. 6.13)**

**Como deber, pues, es la misión de toda criatura que ha sido creada por el Ser Supremo.**

**Consiste en reconocerle como Creador y como Padre y darle gracias por sus beneficios: Lc. 13. 13; Lc. 17. 15). Así lo entendieron siempre los cristianos desde los primeros días apostóli­cos (Hechos 4.21) hasta las consignas de los santos de todos los tiempos: "ad maio­rem Dei gloriam" (lema de San Ignacio de Loyola": AMDG).**

**Y además se entiende la idea de gloria como recompensa, participando en la de Jesús muerto y resucitado (Jn 16.14; Lc. 9.26; Mt. 24.30), que permanece para siempre a la derecha del Padre.**

**Precisamente ese triunfo escatológico es la recompen­sa de quienes le aman. Y se completará con visión eterna de la majestad divina en la plenitud celeste, pues en eso consistirá la vida eterna, "en conocerte a Ti, solo Dios verdadero y a Jesucristo a quien Tú has enviado". (Jn. 17.3)  (Ver Cielo 3 y ver Crea­ción. 4.3)**

**1. CIELO**

**La esencia del cielo, en el sentido religioso de premio, es la contempla­ción de Dios por toda la eternidad. Es un concepto que transciende el de gloria, olimpo, paraíso, edén, cosmos, firmamento, universo.**

**Cuando hablamos en lenguaje cristiano de cielo, aludimos al estado de las almas de los justos que han recibido, en el instante de la muerte, el don del encuentro amoroso con Dios.   Esas almas de los justos, libres de toda culpa y pena de pecado, entran directamente en la visión divina, en la bienaventuranza eterna. Las que tienen alguna mancha, pena o culpa, deben purificarse antes en el Purgatorio. Las de aquellos que hayan libremente elegido alejarse de Dios por el pecado de muer­te, se ven privadas para siem­pre de seme­jante felici­dad. Así de simple es el enun­ciado sobre el premio que recibirán los que hayan amado de Dios.**

**Sin embargo, la explicación de lo que es el cielo y de todas las expresiones y concepciones antropomórficas que acompañan a este mensaje de la misericordia divina no resultan siempre tan claras y fáciles de entender.**

**La esencia del cielo**

**El cielo no es, ni puede ser, un lugar físico, en donde se goza al estilo de la tierra. No es un ámbito similar al espacio cósmico, ya que fuera de la realidad astronómica, el tiempo y el espacio carecen de entidad real. No podemos identificar el cielo con una referencia material, por bella o pura que la supon­gamos. Es más bien un estado de per­fecta felicidad sobrenatural, una situación de intimidad con el Ser Supremo, un arcano inexplicable, pero real, en donde la criatura se halla unida al Creador en el orden de su naturaleza, y en donde el hombre santificado por la gracia se adentra en el misterio divino de forma misteriosa, incomprensible e indefinible.**

**Lo único que podemos decir del cielo, en cuanto realidad sobrenatural, es que consiste en ver a Dios "tal cual es" y que esa visión de Dios origina una felicidad maravillosa. Por eso, para entender lo que es el cielo, tendríamos que comprender lo que hay detrás de ese "tal cual es"; y Dios es incomprensible.**

**Es el perfecto amor a Dios, que de esa unión con Dios resulta, lo que pro­duce la felicidad eterna y lo que constituye un estado de bienaventuranza.**

**Sólo en referen­cia a esa visión beati­fica (lumen gloriae) podemos entender el concepto de "encuentro con Dios", que es algo alejado de toda analogía mundanal, por bella y gratificante que la consideremos; y es algo superior al amor humano, entendido como lo que es en este mundo: la adhe­sión afectiva a un ser preferido.**

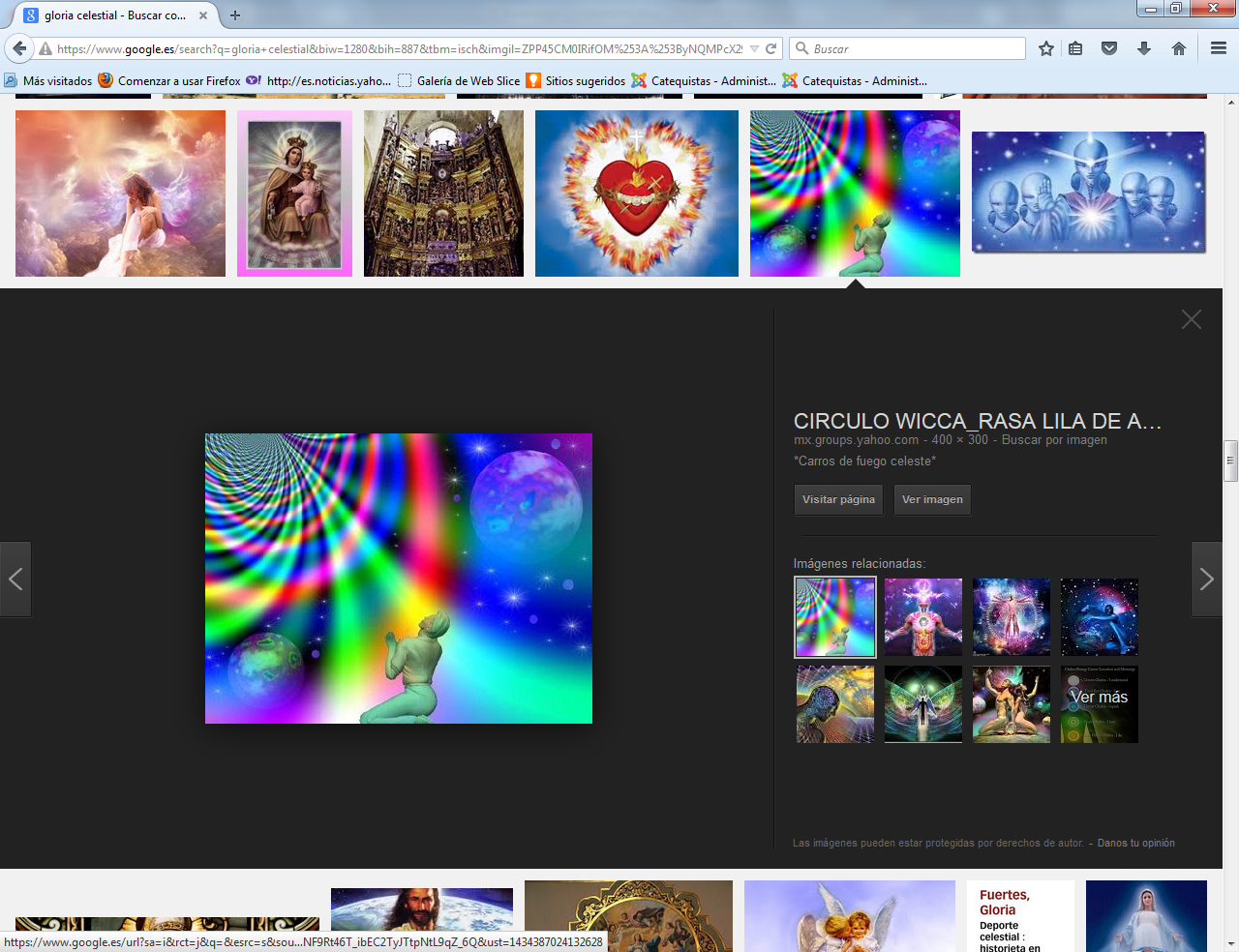
**En el Credo se afirma como dogma la realidad de la "vida eterna". Y se expre­sa con esta fe la certeza de un estado gratificante y gozoso, que sigue a la muerte de quien vive unido a Dios. La expresión más frecuente para entender lo que es esa visión entitativa fue siempre la de "contemplar a Dios cara a cara", repetida en la Iglesia desde la Constitución dogmática "Benedictus Deus" de Benedicto XII, de 1336. En ella se explica el cielo como "*visión de la divi­na esencia de forma inmediata y abierta, clara y sin velos: es visión que produce felicidad inmensa, quietud maravillosa, alegría incontenible, eterno descanso*." (Denz. 530, 693, 696).**

**2. El cielo en la Biblia**

**La idea de otra vida "gloriosa" se va perfilando paulatinamente en la Palabra de Dios, a medida que se desarrolla la terminología y los conceptos abstractos en la Historia de Israel.  
   Se inicia en los conceptos físicos babi­lónicos que aparecen en el Génesis: "*Al principio creó Dios el cielo y la tierra.*" (Gen. 1.1). Y se entiende como "lugar" en el que mora Dios.**

**Se completa con la posterior idea más sublime del Nuevo Testamento, que se abre en diversas expresiones: "*la Casa de mi Padre*" (Mc. 16.19), "*la Mo­rada de los ángeles*" (A­poc. 8.2), el "*Trono de Dios"* (Apoc. 7.9), la "*Derecha del Padre*" (Mc. 16.19), la *"Vida eterna*" (2 Cor. 5.1), el "*Reino de Dios*." (Lc. 15.18 y 21)**

**a). En el Antiguo Testamento**

****  **Ayer y hoy**

**La idea del cielo, como referencia a la divinidad o como destino de la humani­dad, se desarrolla en el Anti­guo Testamento de forma sugestiva como eco de las culturas del entorno. Predomina la idea de firma­men­to, de espacio superior, de cosmos. Allí habitan los dio­ses paga­nos de los babilonios y de los egipcios.**

**Para los autores sagrados, es lugar en el que los ángeles reciben a los jus­tos para recompensar sus buenas obras. La idea de la supervi­vencia en los primeros tiempos es difusa y ambi­gua. Se cree que las almas bajan al morir a los infier­nos (sheol), donde llevan una exis­ten­cia silencio­sa, pasiva, sombría y triste.**

**La suerte de los justos es mejor que la de los impíos. Más no se define nin­guna situación agradable y trascendente. Con el tiempo, se desarrolla la idea de que el cielo es el "*Trono de Dios*": Is. 66.1; Ecclo 5.1; Salm. 2.4; Salm. 11.5. Job. 22.11) Y se hace del cielo "*lugar donde habitan los ánge­les*": Salm 89. 6; Dan 7.10; Job. 1.6.**

**La confianza de que Dios recompensa con el cielo a los justos que cumplen su vo­luntad comienza a entreverse en el Antiguo Testamento en los libros más recientes. El salmista expresa ya la espe­ranza de que Dios liberte su alma del poder del abismo y le dé una recompensa en la eternidad: Salm. 49. 16; 73. 26). Pero no tiene claro dónde ni cómo.**

**Sin embargo, escritos como el de Daniel afirmarán ya que el cuerpo resu­citará para vida eterna o para eterna ver­güen­za y confusión (Dan. 12. 2). Y los Macabeos expresarán con claridad la idea de que los mártires resucitarán y recibirán la recompensa en forma de triun­fo personal y del pueblo al que pertenecen. Aparece ya la certeza de la resurreción y la esperanza en la vida eterna (2 Mac. 6. 26; 7. 29 y 36).**

**El libro de la Sabiduría, último escrito de los 46 del Antiguo Testamento, des­cribe la felicidad y la paz de las almas de los justos que descansan en las manos del Señor Yaweh y viven cerca de Dios en forma triunfante. (Sab. 3. 1; 5. 16). No clarifica la eternidad ni la sobre­naturali­dad, pero intuye que su situación es misteriosamente excelente, al menos en referencia a los malvados.**

**b) El Nuevo Testamento**

**Los textos y referencias atribuidos a Jesús por los evangelistas cambian la perspectiva celeste. Cuando Jesús habla en parábolas, alude a la felicidad del cielo bajo la imagen de un banquete de bodas (Mt. 25. 10; Mt. 22. 1-5; Lc. 14. 15-17) o de un "lugar de tesoros" (Mt. 6. 20; Lc. 12. 33). Jesús habla de bienaventuranza y de "*vida eterna*" a lo que Dios tiene reser­va­do para los fieles: Mt. 18. 8; Mt. 18. 29; Mt. 25. 46; Jn. 3. 15; Jn. 5. 24; 6. 35-59; 10. 28; 12. 25; 17. 2.**

**Y alude al lugar donde los ángeles con­tem­plan el rostro de Dios Padre:  Mt. 18. 10; Mc. 12. 25; Mc. 13. 32.**

**Expresa que esa "*vida eterna es co­nocerte a Ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo*." (Jn. 17. 3).**

**A los limpios de corazón les promete que verán a Dios: "*Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*". (Mt. 5. 8; Lc. 12.33). Y ver a Dios es, de alguna forma, estar dentro de Dios: Mt. 16.19 Lc. 19-38, dando a entender que cielo y Dios se unifican.**

**San Pablo perfilará ya una clara y sugestiva concepción sobre la realidad del cielo. Insiste en el carácter misterioso de la bienaventuranza futura (2 Cor. 12. 2); pero declara su magnificencia: *"Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha prepa­rado para los que le aman"* (1 Cor. 2. 6; 2. Cor. 12. 4). Indica que los justos reciben como recompensa la vida eterna: (Rom. 2. 7; 6. 22) y "*una gloria que no tiene proporción con los padecimientos de este mundo*." (Rom. 8. 18).  En vez del conocimiento imperfecto de Dios que poseemos aquí en esta vida, allí veremos a Dios inmediatamente (1 Cor. 13. 12; 2 Cor. 5. 7) y los seguidores se mantendrán "*sentados junto a Cristo Señor*" (Ef. 2.6.)**

**Los textos de San Juan recogen la idea más mística y fundamental de la fe en Jesús, Mesías, Hijo de Dios, como equivalente al gozo eterno: Jn. 3. 16 y 36; 20. 31; 1 Jn. 5. 13. Y proclama la más explícita afirmación evangélica de lo que es el cielo: "*conocer a sólo Dios verdadero y a Jesucristo, el envia­do" (Jn 17.2).* La visión inmediata de Dios nos hace semejantes a Dios. "*Seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es*." (1 Jn. 3. 2).**

**El Apocalipsis describe la dicha de los justos como efecto de la com­pañía de Dios y del Cordero, esto es, de Cristo glori­ficado. (Apoc. 7. 9-17; 21. 3-7)**

**3º. Cielo y Tradición**

**Los primitivos Padres y escritores volvieron con frecuencia su pensamiento al premio celeste y lo vincularon estrechamente con la compañía de Jesús, que habría de volver para recompensar la fidelidad de sus seguidores.**

**San Ambrosio decía. "*La vida eterna es estar con Cristo. Donde está Cristo está la vida y allí está el Reino*." (Sobre Luc. 10). San Cipriano escribía: ¡*Qué gloria y dicha el ser admitido a ver a Dios, a tener el honor de participar en las ale­grías de la salvación y de la luz eterna, en compañía de Jesucristo, el Señor Dios!*" (Ep. 56.10)   Es interesante resaltar cómo se insiste siempre en el carácter de partici­pación en el gozo triunfante de Cristo, más que en la recompensa y provecho de uno mismo. Esa di­mensión manaba espontáneamente del estilo cristocéntrico de la teología patrística.**

**San Agustín recogió y sintetizó las diversas enseñanzas y habló con clari­dad de la esencia de la felicidad del cielo. La hace consistir en "*la visión inmediata de Dios, grande y supremo.*" (De Civ. Dei XXII. 29).**

**La teología escolástica posterior resaltó el carácter absolutamente sobrenatural de la vida eterna y aludió a la especial iluminación del entendimiento, la llamada luz de gloria (lumen gloriae) transformante, vinculándola a textos como el Salmo 35. 10 o el Apocalipsis 22. 5. Se diferen­ciaron las interpretaciones, según las "escuelas", en el modo de explicar el gozo luminoso de las facultades específicas del hombre a las que dieron tanta importancia.  
  Santo Tomás, por ejem­plo, prefería re­sal­tar el don sobre­natural y habitual del entendi­miento, el cual capaci­ta para el acto de la visión de Dios (Summa Th. I-II. 12. 4 Y 5; Denz. 475.)**

**Sin embargo, los estilos franciscanos de S. Buenaventura y de Duns Scoto identificaron más la felicidad celestial con el amor (caritas) y el gozo (gaudium, fruitio) del objeto amado: Dios**

**4º . Propiedades del cielo**

**Es fácil entender y aceptar que la doctrina del cielo es más para experi­mentarla que para explicarla teológicamente. Sin embargo, bueno será resal­tar los dos rasgos más explícitos de ese re­galo divino.**

**a) Su eternidad**

**La felicidad del cielo durará para siempre, de forma inmutable, estable, irreversible, como todo lo que se piense para después de la muerte. El Papa Benedicto XII lo declaró con claridad: "*Una vez que haya comenzado en ellos esa visión intuitiva cara a cara, y ese goce, subsistirán continuamente en ellos esa misma visión y ese mismo goce sin ininterrup­ción ni tedio de nin­guna clase. Durará hasta el juicio final y, desde éste, indefi­nidamente por toda la eterni­dad*." (Denz. 530)**

**Jesús comparó la recompensa de las buenas obras a los tesoros guardados en el cielo, "*donde no se pueden robar por los ladrones ni la polilla los deterio­ra*. (Mt. 6. 20; Lc. 12. 33). Quien se ganare ami­gos con la injusta riqueza (mammona) de este mundo, será recibi­do con alegría en las "*eter­nas moradas del cielo.*" (Lc. 16. 6). Los justos irán a la "*vida eterna*": Mt. 25. 46; Mt. 16. 29; Jn. 3. 15. En ella por siempre "*verán el rostro de Dios*." (Apoc. 7.9; Rom. 2. 7).**

**San Pablo habla de la eterna bienaventuranza y emplea la imagen de "*coro­na imperecedera, la que no se marchi­ta*".(1 Cor. 9. 25). Y San Pedro la llama "*coro­na inmarcesible de gloria*." (1 Pedro 5. 4). Ambos resaltan el sentido de premio. San Agustín explicaba la eterna duración del cielo y la asociaba con su plenitud y perfección: “¿*Cómo podría hablarse de verdadera felicidad si faltase la confianza de la eterna duración?*" (De Civ. Dei XII 13.1)**

**Desigualdad**

**Pero también es importante el enten­der que el grado y nivel de la gloria eterna, del cielo merecido, será variable, pues dependerá de los méritos y rique­zas adquiridas en este mundo.  
   El Decreto para los Griegos, del Con­ci­lio de Florencia de 1439, de­claraba que las almas de los salvados "*descubren claramente al Dios Trino y Uno, tal cual es; pero unos con más perfección que otros, según la diversidad de sus merecimientos.*" (Denz. 693). Fue idea doctrinal que recogió y refrendó también el Concilio de Trento. (Denz. 842)**

**Algunos escritores heterodoxos no entendieron esa desigualdad y reclama­ron que toda gloria tiene que ser igual para todos, pues en Dios no puede haber diferencias. Así lo enseñaba el hereje Jovi­niano (influido por el estoicis­mo) en tiempos de S. Agustín. Mil años después lo postuló, contra todo sentido común, el mismo Lucero, quien considera­ba las diferencias ofensivas para la generosi­dad de Cristo.**

**Sin embargo, el mismo Jesús aseguró: "*El Hijo del hombre dará a cada uno según sus obras*." (Mt. 16. 27). Y San Pablo explícitamente afirmó: "*Cada uno reci­birá su recompensa conforme a su trabajo*." (1 Cor. 3. 8). Y recalcó la conveniencia de hacer buenas obras para recoger abundantes frutos celestes: "*El que escaso siembra, escaso cosecha; y el que siembra con largura, con largura cosechará."* (2 Cor. 9. 6 y 1 Cor 15. 41)**

**Los comentaristas antiguos resaltaron la enseñanza de Jesús, de que "*en la casa de mi Padre hay muchas moradas*" (Jn. 14. 2); y entendieron por tales, las diferencias en el modo de habitar en el cielo después de la muerte. Tertuliano decía: "*¿Por qué va a haber tan­tas moradas en la casa del Padre, sino por la diversidad de merecimientos?*" (Scorp. 6).**

**Y San Agustín consideraba el denario que se entregó por igual a todos los trabajadores de la viña, a pesar de la distinta duración de su trabajo (Mt. 20. 1-16), como una alusión a la vida eterna, para todos eterna en tiempo. Pero afirmaba que las muchas moradas de la casa del Padre (Jn. 14. 2) son los "*dis­tintos grados de recompensa que se conceden en una misma vida eterna.., sin que pueda haber envidias en los justos por su condición de tales"*. (Adv. Jovin. Il 18-34)**

**** [](http://www.google.es/url?sa=i&rct=j&q=&esrc=s&frm=1&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0CAcQjRxqFQoTCIuoqZvUj8YCFadu2wodNiMAhw&url=http://www.sigueme.net/vida-cristiana/70-la-patria-celestial/&ei=7LJ9VYuCI6fd7Qa2xoC4CA&bvm=bv.95515949,d.ZGU&psig=AFQjCNElg8Rrcp5MyYYvODtJUG7aTKb06w&ust=1434387524291417)

**5º. Felicidad accidental.**

**Un tema que ha ocupado, más que preocupado, a muchos escritores ascéti­cos de todos los tiempos es si en el cielo se pueden tener, además de la felicidad esencial de la visión divina, otros signos de felicidad accidental procedente del conocimiento y amor de personas, bienes o situaciones nacidas en vida y en el mundo.**

|  |
| --- |
| **La piedad tradicional enseña lo que, por sentido común, es normal: que los justos en la Patria celestial conservarán la inteligencia y gozarán con todo lo que de bueno puedan conocer como realidad de este mundo y en el otro. Pero es inexplicable el modo y el tiempo. Será motivo de felicidad el hallarse en compañía de Cristo Jesús, hombre divi­nizado, y de su Madre María. También lo será el relacionarse con los ángeles y con los santos. Y se sentirá el gozo de volver a reunirse con los seres queridos y con los amigos que se tuvie­ron en el mundo** |

**Serán conexiones misteriosas, desde luego muy diferentes de las existentes en este mundo. Pero, por misteriosas e inex­plicables que sean, no pueden ser miradas como meras metáforas.  Si algún motivo hubiera de pena (pérdida eterna de otros seres queridos), habrá que pensar que el gozo accidental se dará en Dios y, por lo tanto, esas "desgracias" no originarán tristeza, como si de este mundo se tratara, pues se diluirán en la absoluta entrega a la vo­lun­tad y a la justicia divina.**

**Incluso, podemos pensar que los san­tos, en el cielo, conocen de alguna for­ma las mismas cosas que les afectaron y acontecieron en la tierra: sus familias, sus obras e instituciones de caridad, sus seres queridos dejados en vida, etc. En Dios las ven y ante Dios inter­ceden para que la bon­dad providencial las cubra con su sombra.**

**No dejan de ser explicaciones a la manera humana, sin que en realidad podamos decir mucho más. También es posible que, como ense­ñaron algunos teólogos de la época escolástica, haya variedad de justos en el cielo. En aquella época se hablaba de tres clases de bienaventurados que, además de la felicidad esencial (corona áurea, decían), recibirán una recompen­sa especial (aureola, pensaban) por las victorias conseguidas. Tales son: los que son vírgenes, por su victoria sobre la carne. (Apoc. 14. 4).**

**Los mártires, por su victoria sobre el mundo. (Mt. 5. 11). Y los doctores de la fe, por su victoria sobre el Diablo, padre de la mentira. (Dan. 12. 3; Mt. 5. 19). Así lo comentaba Santo Tomás, que identificaba "aureola" con el gozo por las buenas obras.**

**Esos gozos y esos signo de fidelidad son más conclusiones científicas de los pensadores que datos estrictamente e­manados de la Revelación divina, según Sto. Tomás (Suppl. a Summa Th. 96. 1) Nada se opone a que esto responda a algún tipo de realidad. Pero de lo no hay duda es de que, en la Patria eterna, las cosas serán algo diferentes de las previsiones, categorías y emblemas de este mundo en el que vivimos.**

**6º Pastoral sobre el cielo**

**La catequesis sobre el misterio del cielo siempre se debe teñir de connota­ciones de alegría y de esperanza. Es el regalo que Dios tiene preparado para los que le aman.**

**- Se debe resaltar el sentido del amor a Dios que durará toda la eternidad, más que el egocéntrico placer de obtener una recompensa agradable. Con todo, cuan­to más pequeño es el catequizando, el carácter de premio debe ser más resal­tado, así como la referencia a la propia persona que va a gozar de él.**

**- No es bueno el "sensorializar" dema­siado el sentido de cielo: luces, flores, músicas, comidas, fiestas... La realidad es más trascendente y misteriosa. Hay que ofrecer una "imagen" de cielo que pueda mantenerse con el paso de los a­ños y con el desarrollo de la capacidad de abstracción de las personas.**

**- El cielo es, ante todo, compañía perpetua de Dios y plenitud en la alegría de haber cumplido con su voluntad. La mejor forma de presentarlo es apoyarse en los textos de la Escritura, sobre todo lo que hacen referencia a las mismas palabras de Jesús.**

**- También es bueno vincularlo con sentido práctico a las realidades cotidia­nas de la vida: sufrimientos, dificultades, momentos difíciles, desgracias, etc. El cielo es el centro de referencia de la esperanza cristiana. Hay que prender hondamente esta idea en los catequizan­dos de todas las edades.**

**- La grandeza del cielo resalta más en la mente de los niños y personas no excesivamente maduras en la fe con el contraste de su pérdida o ausencia. Al compararlo con el infierno, es cuando adquiere mejor su sentido último; y se desea con más ardor, al asociarlo a las buenas obras, de las que es el premio. Con frecuencia tales personas entien­den mejor lo que hace sufrir que lo que hace gozar. Temen el castigo, más que ambi­cionan el premio.**

**- Buena consigna catequística es el hacer que los mismos catequizandos i­maginen, describan y, poco a poco, comprendan lo que es el cielo.**

**El punto de vista del Catecismo de la Iglesia Católica es buen criterio para pare presentar este agradable misterio a todas las edades de la vida: "*En la gloria del cielo, los bienaventurados continúan  cumpliendo con alegría la voluntad de Dios en relación a los demás hombres y a la creación entera. Reinan con Cristo. Y con El, ellos reinarán por los siglos de los siglos. (Apoc. 22.5)*." (Nº 1029**

[](http://www.google.es/url?sa=i&rct=j&q=&esrc=s&frm=1&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0CAcQjRxqFQoTCJbVvorUj8YCFeqh2wodrnwAaQ&url=http://unionhispanoamericana.ning.com/group/vigesimo-aniversario-de-la-uhe/forum/topics/veinte-a-os-continuando-la-eterna-jornada&ei=ybJ9VdbMEOrD7gau-YHIBg&bvm=bv.95515949,d.ZGU&psig=AFQjCNElg8Rrcp5MyYYvODtJUG7aTKb06w&ust=1434387524291417)